



Publicado por:

**NovaCasa** Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Antonia Guzmán Claro**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Irene Gaona**

Corrección

**Nadín Velázquez**

Portada y maquetación

**Vasco Lopes**

Portada creada a partir de imagen de

**Irina Alexandrovna / Shutterstock**

Ilustraciones del humo

**Reto Scheiwiller**

Fotografía de la autora

**Camila Vargas**

Impresión

**PodiPrint**

Primera edición: Mayo de 2021

ISBN: 978-84-18013-23-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

ANTONIA GUZMÁN

A TRAVÉS DE LAS  
SOMBRA



**Nova Casa** Editorial



*A todas las escritoras que me inspiraron para llegar hasta aquí.  
Espero algún día inspirar a otras personas del mismo modo  
en que ustedes lo hicieron conmigo.*



*“Por la humanidad dejaré al viento alentar  
aquello que nacimos para ser”.*

*El cazador, Angélica Hernández*





## EL COMIENZO

Iba caminando por un bosque. Corriendo, mejor dicho. Corrí lo más rápido que pude, sin mirar atrás. Sin detenerme; sin descansar. Sin siquiera saber a dónde iba. Solo tenía el pensamiento de que, llegara donde llegara, no podría ser peor que el lugar de donde venía.

Por un momento pensé que, tal vez, al quedarme donde estaba, en el lugar de los hechos, encontraría la forma de revertir la tragedia. Pero no, porque así el pasado irremediable que en su momento fue dulce seguiría atormentándome día y noche sin descanso, como un escenario del que ni en mis peores pesadillas podía escapar.

Entonces, cuando el caos aún no se apoderaba de todo, la oscuridad lo hizo. *Entonces* vino el caos.





PARTE I

EL REINO  
DE LAS  
SOMBRAS

*“¿Y si durmieras?  
¿Y si en tu sueño, soñarás?  
¿Y si al soñar fueras al cielo y allí  
recogieras una extraña y hermosa flor?  
¿Y si cuando despertaras  
tuvieras la flor en tu mano?  
Ah, ¿entonces qué?”*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE



## CAPÍTULO I



**E**n el sueño, Aura ya se estaba ahogando. Era el mismo sueño de siempre, y venía repitiéndose desde hacía semanas.

Esa noche apenas cayó dormida la ya familiar sensación de asfixia la asaltó: llegó de golpe, sin que pudiera preverlo a pesar de que no era la primera ocasión en que le ocurría. Fue más fuerte que otras veces: se ahogaba, y odiaba ser consciente de cómo sus pulmones quemaban suplicando por algo que ella no podía darles. Trataba de respirar con desesperación, pero solo conseguía que la mano en su garganta apretase con mayor fuerza.

«Mientras más luches, más rápido te ahogarás», dijo la voz. Parecía no venir de ninguna parte y de todas a la vez: era un murmullo que le susurraba la oscuridad a su alrededor.

Por supuesto, eso Aura ya lo sabía, mas debía aparentar. Poco a poco dejó de luchar y de moverse. Exhaló todo el aire que le quedaba en los pulmones, esperando así que la presión constante que sentía en la tráquea se aflojara. Fingió que se quedaba sin fuerzas y cerró los ojos. Procuró estar lo más quieta posible, con la esperanza de que la creyeran muerta para que así la soltaran. Desgraciadamente, la oscuridad ya conocía ese truco, e intensificó su agarre. Su visión comenzó a empañarse de puntos negros. ¿Podía pasar eso en un sueño? Sentía que su cuerpo se derretía a causa de la falta de oxígeno. Intentó pelear una vez más contra la sombra sin rostro que la retenía incluso cuando ya no tenía las fuerzas suficientes para oponer la resistencia que necesitaba.

«Eres patética». Percibió el siseo demasiado cerca de su oído, junto con una cálida respiración en su cuello que la hizo estremecer.

Cuando la sombra la soltó, justo antes de ingresar una enorme bocanada de aire a sus pulmones, la chica creyó ver un atisbo de la persona que había intentado (con bastante éxito, por lo demás) ahorcarla, no obstante, la imagen se esfumó de su cabeza en cuanto se dio cuenta de lo que creía haber visto. Sentía como si la conociera, aunque nunca lograba ver nada, salvo sombras.

El ente se retiró y con él, la sensación de frío desapareció; el calor regresó a su cuerpo... Y el oxígeno no llegaba... *¿Por qué no llegaba!?*

La muchacha despertó con una capa de sudor frío cubriéndole la espalda; todo en ella estaba acelerado: su corazón latía desaforado, los pensamientos bullían en su cabeza... En la oscuridad de su habitación Aura rebuscó a tientas en el cajón de la mesita al lado de su cama, procurando mantener la calma hasta que sus dedos se cerraron en torno al pequeño tubo del inhalador.

Cuando el medicamento por fin entró a su sistema la chica tosió, sintiendo cómo el aire pasaba por su tráquea con dificultad, dolor y un gran alivio. Le llevó unos minutos normalizar su respiración.

«Eres patética». Las palabras del sueño se repetían en su memoria como una grabadora que no podía detener. Aura desvió la mirada a las luces fluorescentes del reloj al otro lado del escritorio. 6:57.

Se levantó aún intentando controlarse y se dirigió al baño. A oscuras esperó que el agua se calentara, y cuando comenzó a salir vapor, se metió dentro de la ducha. Permaneció durante unos instantes más de lo debido bajo de la regadera, pensando en todo y nada a la vez, congelándose a pesar del agua hirviendo debido a un escalofrío que no podía quitarse. Estaba harta de las pesadillas, de los sueños, del miedo a cerrar los ojos y sentir que moría un poco más cada noche... Del miedo a saber que un día bien podría no despertar. Esa vez por poco no lo hizo, y ese constante temor escarbaba en ella más profundo que cualquier otra cosa.

Al cabo de unos minutos Aura salió de la ducha envolviéndose en una toalla de la cual no supo distinguir bien el color, ya que la oscuridad de la mañana se lo impedía, pero no quiso prender la luz. Se vistió rápidamente con unos jeans, zapatillas y el suéter más grueso que encontró en su armario: ese día tenía un examen importante en la universidad a primera hora, antes del desayuno. Al volver al baño se obligó a encender la luz mientras cepillaba su cabello mojado, oscurecido por el agua que aún goteaba de él. Entrecerró los ojos cuando la luz tocó sus retinas y ahogó un grito al ver su reflejo.

La sensación de asfixia oprimió sus pulmones; esta vez no se debía al asma.

Tocó su cuello descubierto con mucho cuidado, recorriendo con los dedos las marcas violáceas de manos que se cerraban en torno a su garganta.

«Mientras más luches, más rápido te ahogará», había dicho la voz mientras la ahorcaba en su sueño. Ahí estaba la prueba, rodeándole la tráquea, y eso nunca antes le había pasado. Sin embargo, su sentido del deber prevaleció y se recordó a sí misma, sacudiendo la cabeza, que ese día no podía darse el lujo de llegar tarde. Así que se obligó a no pensar en eso mientras abría de vuelta el armario y sacaba otro suéter de cuello alto. Dejó una nota para su madre sobre la mesa de la entrada y salió de su casa tapando las marcas de su cuello.

En su auto ya la esperaban listas del día anterior su mochila negra y su chaqueta favorita, por lo que partió de inmediato, con el recuerdo del sueño fresco en su memoria.



Las sombras la acompañaron todo el camino hasta la universidad.

La carretera estaba desierta y el sol aún no salía del todo, dejando que en el ambiente todavía reinara la penumbra de la noche, lo que solo facilitaba la aparición de las sombras. Trozos de oscuridad se escurrían a su alrededor, deslizándose sin llegar a tocar a la chica. Un escalofrío la recorría cada vez que ellas llegaban, pero no le daban miedo. Era más bien como... como si las *conociera*.

Aura condujo todo el camino sin más ruido que el de sus pensamientos; no podía dejar de darle vueltas a las extrañas marcas



alrededor de su cuello, que eran un recordatorio de la pesadilla que había tenido esa noche... y el resto de las noches desde hacía poco más de una semana.

Había comenzado despacio, gradualmente. Al principio había sido tan solo una sensación helada que le recorría la columna vertebral cuando la inconsciencia se apoderaba de su cabeza. Luego vinieron el miedo y la oscuridad. Estaba aterrada y no conseguía saber por qué. Siempre se despertaba cubierta en un sudor helado, con frío y un miedo irracional.

La siguiente noche se sumaron al sueño la desesperación y una angustia que oprimía su pecho impidiéndole ingresar a su cuerpo el aire correctamente. Lo peor vino después, cuando las imágenes comenzaron a aparecer en su mente y las sombras tomaban forma corpórea y apretaban su tráquea hasta dejarla sin aire. De alguna u otra forma siempre terminaba de la misma manera. No es que le hiciera especial ilusión, sin embargo, al ser asmática, la asfixia era algo con lo que ya estaba familiarizada; había aprendido a vivir con eso desde que tenía memoria. Estaba acostumbrada, aunque en el sueño.... en el sueño era otra cosa; su ahogo no tenía nada que ver con el asma, y eso la aterraba.

Aura se estremeció. No había luz a pesar de que el sol hacía rato había salido. La carretera pasaba, como siempre, por un bosque tan grande, tan alto y tan denso que alcanzaba a tapar los rayos del sol naciente, cubriendo con un aire lúgubre todo lo que lo rodeaba. El término de aquel lugar se escondía a los ojos. Un impulso se apoderaba de ella cada vez que lo veía, potenciado por la curiosidad que le inspiraba lo que se podría ocultar tras los imponentes árboles, pero —ahora se daba cuenta— había algo que le impedía ir a pesar de sus ganas de conocerlo; un presentimiento que no lograba descifrar.

Al salir de la penumbra del bosque el sol por fin le dio a la chica, golpeándola fuertemente con los rayos que se colaban a través de la ventanilla del auto.

Las sombras que rondaban a su alrededor se esfumaron con más rapidez que con la que habían aparecido, mas una permaneció intacta. Se deslizó a través del interior del coche. Era tan densa y oscura que parecía absorber toda la luz y energía que había a su alrededor. Esta se mantuvo quieta un instante y a Aura, quien no quería desviar la vista de la carretera, se le hacía difícil no alternar la mirada entre el camino y la sombra que se hallaba a escasos centímetros de ella.

Cuando la oscuridad volvió a avanzar, Aura oyó el sonido. La sombra, viscosa y negra, se arrastró hasta ella con un siseo parecido al ruido que se hace al rechinar los dientes, como si quisiera decir algo que hasta ese momento la chica había ignorado.

Apenas la tocó Aura sintió cómo parte de su energía se drenaba de su cuerpo y pasaba a alimentar a la oscuridad. Ahogó un gemido y la sombra pasó a través de ella, disolviéndose en un punto entre su cuerpo y la luz que entraba por la ventana. El siseo pareció escucharse dentro de su cabeza como un suave eco, al principio, que sonaba desde lo más profundo de su cerebro hasta convertirse en un murmullo resonante, claro... y capaz de helarle la sangre hasta la médula:

«Esto no es más que el principio». Y las marcas del sueño comenzaron a arder en su garganta.



Para cuando la chica terminó el examen, las marcas en su cuello habían dejado de arder y se sintió libre de dirigirse al comedor a ingerir su tan preciado desayuno.

Aunque a Aura jamás le había dado hambre tan temprano en la mañana, la cafeína seguía siendo vital para ella. El comedor no estaba abarrotado de gente como solía, pero aún era muy temprano y Aura sabía que no eran muchos los estudiantes que tomaban clases a esa hora.

La chica ubicó una mesa vacía al lado de uno de los tantos ventanales que había por todo el comedor y se sentó a beber el café que sostenía en un vaso de cartón.

Unas pocas personas revoloteaban por la cafetería. Notaba tenso el ambiente, sin embargo, la vida seguía su curso: la gente seguía hablando y caminando de un lado a otro por los pasillos de mármol; fuera, el sol se escondía tras las grises nubes que anunciaban una tormenta segura, volviendo la luz de un blanco mortecino en lugar de un cálido amarillo... Todo era normal, como cada día. Entonces, ¿por qué esa vez se sentía tan diferente?

El aire se tornó de un frío que le caló los huesos a pesar de la chaqueta y del café que la muchacha sostenía entre los dedos. De un momento a otro la temperatura bajó varios grados y la sensación de manos cerrándose en su garganta con tanta fuerza le cortó la respiración de golpe.

La chica trató de mantener la calma con bastante éxito, diciéndose a sí misma que no era más que su imaginación... pero su imaginación no solía jugarle tan malas pasadas. No había nadie a su alrededor, Aura lo sabía, sin embargo, eso no le devolvió el aire. Buscó en los bolsillos de la chaqueta el inhalador que siempre cargaba con ella dándose cuenta de que el pequeño tubo

de medicamentos del que tanto dependía se había quedado junto con su mochila en el casillero.

—Maldición —masculló.

Se levantó con la cabeza dando vueltas y se dirigió a paso lento a través de los interminables pasillos. Aura quería correr y llegar junto a los casilleros lo antes posible, sabiendo que, si lo hacía, el poco aire que le quedaba ya en los pulmones terminaría por abandonarla, y no podía darse ese lujo.

En lo que parecieron horas la chica logró llegar a su objetivo, esquivando a las multitudes con dificultad e intentando actuar como si nada ocurriera. Con dedos temblorosos ingresó los cuatro dígitos de su clave y la puerta se abrió con un chirrido metálico.

Rebuscó ya desesperada dentro del cubículo notando que las manos apenas le respondían cuando sintió un escalofrío desde su espalda baja hasta alcanzar la parte trasera de su cuello. Notó cómo todo su cuerpo se paralizaba al tiempo que la sombra avanzaba pegada a su piel hasta bajar por sus brazos, enviando ligeros pinchazos dolorosos a través de sus nervios. Apenas se podía mover, pero cuando los puntos negros comenzaron a aparecer nuevamente en su campo de visión fue cuando se dio cuenta de que había dejado de intentar respirar siquiera.

Con la vista nublada y tratando de hacer caso omiso a la sombra logró encontrar el inhalador dentro de su mochila. El alivio la recorrió por un segundo antes de que otra sombra, aún más oscura y fría que la anterior, comenzara a sisear cerca de su oído, poniendo sus nervios a flor de piel. Entonces, cuando la tocó, Aura pegó un salto y el inhalador se le escurrió entre los dedos. El escaso aire que le quedaba en los pulmones terminó por abandonarla y Aura se tambaleó. Se sentía mareada.

Intentó calmarse y volver a respirar, ver dónde había caído el inhalador, pero la visión se le hacía tan borrosa que lo único que distinguía aparte de la oscuridad de las sombras que se deslizaban a su alrededor eran los colores borrosos de las cerámicas. Las piernas no le respondían. Si intentaba agacharse en busca del inhalador... ¿se caería?

Una mano en su hombro la sobresaltó aún más y las sombras se esfumaron de golpe, como si nunca hubiesen aparecido. Y, como si jamás se hubiera ido, el aire regresó a sus pulmones.

Su vista demoró un instante en despejarse.

—¿Estás bien? —preguntó una voz seca tras ella.

Se llevó una mano a la cabeza, sintiendo el latido de su corazón en las sienes, respirando por fin. Lentamente logró darse la vuelta sin tambalearse. Frente a ella se hallaba un chico que nunca antes había visto; estaba segura de ello. Tenía el cabello negro como el carbón. Su piel brillaba de un pálido grisáceo a causa de la luz blanca que iluminaba los pasillos, y la escrutaba con unos ojos de un color intenso y oscuro que, Aura juraría, era morado. Lo veía delante de ella, sin embargo, no sabía cómo era posible que alguien los tuviera de ese color.

Aura asintió con la cabeza, su respiración aún acelerada, ingresando tanto oxígeno a su cuerpo como este se lo permitiese. Ambos se miraron directamente por una eterna fracción de segundo. Los ojos color púrpura del chico la observaban con un brillo particular que ella no supo identificar. Aura no sabía cómo sería su expresión, aunque sentía que la tormenta en sus ojos grises recorría las marcadas facciones del muchacho que tenía delante con curiosidad. Él desvió la vista hacia el suelo, rompiendo el contacto tan repentinamente que Aura parpadeó, siguiendo su

mirada hasta el inhalador que se le había caído cuando las sombras llegaron. El chico se agachó con una expresión aún más extraña en el rostro; a Aura le era imposible saber qué pensaba.

—¿Es tuyo? —le preguntó con el mismo tono neutral que había utilizado un momento antes.

Aura lo examinó con la mirada durante unos segundos antes de asentir lentamente con la cabeza. Apenas se atrevía a hablar. No por timidez, sino porque tenía la sensación de que no le saldría bien la voz si lo intentaba. Había algo en él que la hacía desconfiar.

Le devolvió el inhalador y por un momento los dedos de ambos se rozaron, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de la chica. Guardó con prisa el pequeño tubito azul en uno de los bolsillos de su chaqueta oscura y cruzó los brazos delante de su cuerpo sin despegar los ojos del chico y dándose cuenta, extrañada, de que ya no le costaba respirar en lo más mínimo.

—Gracias.

El muchacho asintió frunciendo el ceño, como si lo desconcertara el hecho de escuchar su voz. La miró una vez más con aquella expresión extraña. Parecía que por su cerebro pasaban a la vez todas las preguntas para las que no tenía respuesta y se dio la vuelta despacio, alejándose por los pasillos hasta convertirse en no más que una oscura silueta y desaparecer frente a sus ojos.

Tan pronto como se hubo ido, las sombras regresaron. Aura había visto sombras desde que tenía memoria y nunca la habían asustado; siempre las había sentido como si fueran, de algún modo, parte de ella. Pero esas no, esas sombras eran distintas. No le parecían familiares en absoluto, más bien le resultaban extrañas. Externas, maquiavélicas... *frías*.

Ellas siseaban, y murmurando se deslizaron por el piso blanco, absorbiendo luz y energía del ambiente. Se arrastraron hasta perderse de vista... Una permaneció ahí, quieta, como si quisiera destacar sobre el susurro de las demás:

«Esto no es más que el principio».





## CAPÍTULO II



«Es un sueño», se repetía Aura con fervor. La oscuridad se desenvolvía a su alrededor fría y espesa, siseando mientras se arrastraba hasta ella a ras de suelo, casi como agua. A la muchacha le costaba respirar, no por la asfixia. No, esta vez no. Esta vez lo que la ahogaba era su propio miedo, reflejado y aumentado por las sombras que eran como la propia encarnación de este. Se forzó a controlarse, a medir sus movimientos y reacciones; no quería que la oscuridad se percatara del terror que le provocaba. «¿Por qué ahora?», se preguntaba. Si las sombras nunca la habían asustado antes... ¿por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

—Es un sueño —murmuró.

«¿Eso crees?». La oleada de sombras se juntó tras la chica y se alzó, tomando una forma corpórea y negra que irradiaba algo más profundo y quizás incluso más aterrador que el miedo: era la esencia de la soledad y el pánico en su perfecta expresión. «¿Eso es lo que te dices a ti misma, Aura?», sisearon las tinieblas, y esa vez algo cambió. Esa voz... Aura había escuchado esa voz antes. No sabía dónde, no sabía cuándo y, sin embargo, estaba tan segura como de pocas cosas lo había estado hasta entonces. «¿Crees que puedes engañarte tan fácil?», volvió a decir la sombra, acechándola.

Aura corrió con toda la rapidez que las piernas le permitieron, pero las sombras parecían saber con exactitud a dónde iba aun cuando ni ella misma lo sabía. ¿Dónde estaba? A su alrededor todo parecían ruinas de lo que alguna vez pudo haber sido una ciudad o un pueblo. Desolado, destruido... *arrasado*. El paisaje le parecía vagamente familiar a pesar de que estaba convencida de no haberlo visto antes... ¿Verdad?

Lanzó un chillido cuando las sombras se enrollaron alrededor de sus tobillos, haciéndola tropezar. Se dio vuelta y estiró los brazos en acto de reflejo, queriendo empujar a la sombra de un manotazo. De la nada un nuevo conjunto de sombras salió de sus dedos, haciendo que la que la tenía sujeta por el tobillo la soltara y retrocediera como un cachorro asustado.

«Interesante», siseó la oscuridad. Y, aunque Aura no la vio, podría jurar que sonreía.

El espectro continuó avanzando con total lentitud y calma; el tiempo se ralentizó. Aura volvió a correr, sintiendo que sus piernas se volvían cada vez más lentas. Antes de que pudiera darse cuenta, una nueva sombra se interpuso en su camino y la hizo caer. El dolor estalló en su rodilla izquierda y sintió la sangre salir

de la herida abierta. Trató de ponerse de pie rápidamente. Grave error.

La vista se le nubló y la cabeza le dio una sacudida.

Una sacudida más y Aura advirtió cómo unos dedos se cerraban con fuerza en torno a su muñeca y tiraban bruscamente de ella hacia arriba. Cuando pudo abrir los ojos de nuevo, se encontró cara a cara con la sombra. Esa era la primera vez que veía con nitidez un rasgo de su atacante, ya que la visión no se le nublaba por la falta de aire y le permitía ver los siniestros ojos del ente, tan oscuros que parecían interminables. Oscuros como el alquitrán puro. La veían con furia y parecían ser capaces de arrancarle el alma del cuerpo si los seguía mirando.

Los párpados de la chica comenzaron a cerrarse de manera involuntaria, como si el peso del mundo cayera de repente sobre sus ojos, y en contra de todos sus principios se encontró pensando en lo fácil que sería todo si tan solo se dejara ir...

«No —dijo una voz dentro de su cabeza—. Tienes que vencerlo, Aura. Abre los ojos».

«No puedo».

«Sí, sí puedes... Despierta», la apremió.

Sintió cómo una oleada de vitalidad le recorría el cuerpo y agudizaba sus sentidos. La chica abrió los ojos y se enfrentó a la sombra que, después de haberle drenado gran parte de su energía, se veía aún más oscura que antes. Por algún motivo, el miedo pasó a segundo plano, a pesar de que las oleadas de desesperación, angustia y ansiedad seguían emanando del ente, abriéndose paso hacia ella.

Movida por la adrenalina Aura retorció la muñeca, mas la sombra no disminuyó su agarre. Dolía, pero ella no dejó que le afectara.

Con un poco más de fuerza logró aferrar lo que parecía ser el brazo de la sombra y dejó que su energía saliera como una nueva oleada de oscuridad, no muy segura de cómo lo hacía.

Un horrible alarido salió de la sombra. Esta comenzó a vibrar bajo los dedos de Aura y ella intensificó su agarre hasta que el ente la soltó, dándose por vencido. Durante un instante lo vio, tan claro como nunca antes: la bruma de oscuridad corpórea que tenía aferrada entre los dedos se disipó lo suficiente como para que Aura viera lo que ocultaba, y durante un momento, antes de que la sombra por fin se alejara... No fue una sombra, sino una mano la que había agarrado entre sus dedos. Una mano *humana*.

Cuando la sombra retrocedió, aún retorciéndose sobre sí misma, su imagen oscilaba entre la oscuridad y una persona de carne y hueso. Luego nuevas sombras provenientes de la original se formaron a su alrededor, y todo se volvió negro. Lo último que vio antes de despertar, fue un peculiar par de ojos color violeta.



La luz se colaba con debilidad a través de los párpados de la chica. Cuando despertó esa mañana, Aura sentía todo el cuerpo como si fuera de plomo. Apenas podía moverse; le faltaban fuerzas. ¿Qué había pasado? Miró con los ojos entrecerrados, casi por instinto, al reloj que había al otro lado del escritorio. 10:55. La chica se sobresaltó. *Clases...* Iba a llegar condenadamente tarde.

Se levantó de un salto y sintió cómo las sábanas se le pegaban a la rodilla. Al mirar vio una marcha de sangre seca que había causado que la tela se adhiriera a la herida y, al despegarla, esta sangró una vez más. Maldijo en voz baja.

Como si lo hubiera invocado, el dolor volvió a estallar. Puso un vendaje improvisado en su rodilla y se apresuró a vestirse; con suerte llegaría a tiempo para la siguiente clase. ¿Por qué su madre no la había despertado al darse cuenta de que llegaba tarde...? Aura negó con la cabeza.

Casi diez minutos después logró ponerse en camino hacia la universidad; al pasar por el extraño bosque que marcaba la mitad del camino el sol ya estaba casi en su punto más alto, lo cual la obligó a conducir más rápido. Esa vez las sombras no se molestaron en aparecer. Cuando llegó por fin a la universidad todos los pasillos estaban desiertos, sus pasos resonaban por todo el recinto. Tocó la puerta del aula de Historia con timidez y abrió despacio. Al entrar todas las miradas se posaron en ella durante un segundo antes de volver a sus apuntes.

—Tarde —espetó el profesor cuando Aura entró en la sala, sin apenas dignarse a dirigirle una mirada a la chica.

Cuando habló, ella se forzó a que su voz sonara pareja y sin titubeos.

—Es la primera vez...

—¿Y se supone que por eso está bien?

—No volverá a pasar. Lo siento.

El hombre le hizo un gesto para que pasara y ella se apresuró a tomar el primer asiento vacío que encontró.

—Pareciera que está de buen humor —susurró una voz a su lado que hizo a la muchacha estremecerse de pies a cabeza. Ella lo miró con incredulidad—. Te dejó entrar, ¿no?

El chico la veía con un brillo peculiar en sus ojos morados, y se había inclinado un poco hacia ella para que nadie los oyera hablar. Su cálido aliento la golpeó en el cuello provocándole escalofríos.

—Sí, eso parece —murmuró con un dejo de ironía.

Era sabido que el profesor de Historia Civil era el más estricto en todo el campus, pero, incluso así, Aura no podía odiarlo, ya que por más estricto y severo que fuera, el hombre que impartía la clase era de los mejores profesores que había. Según ella, claro.

Al mirar los ojos violeta tormentoso del chico los destellos del sueño de la noche anterior le llegaron de golpe. Las sombras, el atisbo de la persona que había tras la oscuridad, la energía que habían desprendido sus dedos y que había hecho retroceder a la sombra... La voz en su cabeza y los ojos morados transmitiéndole fuerza cuando la oscuridad solo se la quitaba. Sintió que se le iba el aliento de golpe.

—¿Estás bien? —susurró él, inquiriendo con aquellos magnéticos ojos de los que no podía despegar la vista. Asintió despacio sin hablar. Entonces él bajó la cabeza y frunció el ceño. El tono de su voz cambió—. ¿Qué tienes ahí?

—¿Qué? —preguntó a su vez, desconcertada.

Él señaló con un gesto de la cabeza y Aura siguió su mirada. Ahogó un grito mientras los ojos se le abrían como platos por una fracción de segundo: justo a la altura de su muñeca marcas violáceas de dedos se cerraban en torno a donde la sombra la había sujetado. ¿Habían estado allí durante todo el día? Tiró con rapidez de la manga de su chaqueta para cubrir los moretones, sintiendo un dolor punzante al rozarlos.

—No es nada —masculló mirando al frente. Aura creyó que él discutiría, pero no lo hizo. El chico se limitó a observar la parte de su chaqueta que tapaba las marcas.

Una sombra empezó a arrastrarse por el suelo hasta llegar a ellos. No era densa, parecía más bien... translúcida, como si su

presencia no pudiera establecerse del todo en aquel lugar, y se deslizaba débilmente, como si no poseyera la energía necesaria para avanzar más rápido. Durante un momento pareció como si los ojos violetas del chico observaran a la sombra y eso la sorprendió, pero cuando Aura dirigió otra vez su vista al suelo, la sombra se alejaba por el pasillo hasta desaparecer.

—Claro que no —murmuró él, más para sí mismo.

Aura, a su vez, se quedó mirando al extraño junto a ella, preguntándose por qué habría aparecido en su sueño y, sobre todo, por qué la sombra parecía huir de él. ¿Qué tan equivocada estaría esa suposición?

Recordó cómo en el sueño la energía había salido de sus dedos en forma de oscuridad pura y había hecho retroceder al que la atacaba. Una idea se instaló en su cabeza. ¿Y si...? Aura se imaginó la energía como si fueran volutas de humo saliendo de sus manos y transformándose en sombras. Después de todo, las marcas en su muñeca y cuello habían salido de lo ocurrido en un sueño. ¿Qué tan ilógico podría ser? Estiró los dedos... pero nada pasó.

«Estúpida», se dijo al sentir la mirada del chico sobre ella. Suspiró.

—Soy Aura —dijo con aspereza, esperando que su gesto pasara inadvertido. Él la escrutó durante una eterna fracción de segundo con desconfianza y... ¿reconocimiento?

—Lucas.

Ambos se miraron durante un momento.

—¿Desde cuándo estudias aquí? —le soltó Aura con más brusquedad de la que pretendía. Se lo había estado preguntando desde el día anterior.

Lucas arqueó una ceja.

—Un par de semanas.

Aura iba a responder cuando un carraspeo la devolvió a la realidad.

—¿Interrumpo su conversación con mi clase, señor Straford, señorita Cromwell?

Aura hizo una mueca cuando la voz del profesor Clayton le llegó a los oídos.

—Para nada —respondió Lucas a su lado. Aura quiso hundirse en su asiento.

—Mhm. —El hombre los miró sin ninguna expresión en el rostro, asintiendo para sí—. Fuera de mi clase, los dos. *Ahora.*

Ambos se quedaron inmóviles durante un momento hasta que Aura, indignada, tomó sus cosas de un tirón y se dirigió a la salida con Lucas pisándole los talones. Discutir no tenía caso.

Antes de llegar a la puerta esta se abrió de golpe y por poco no le dio en la cara. Una sensación de mareo repentino la embargó, parecida a la de cuando se levantaba muy rápido de la cama. Las sombras volvieron y se arremolinaron a su alrededor, absorbiendo energía de todo lo que se moviera delante de ellas, y nadie parecía notarlos. Lucas, que se había adelantado, se detuvo de golpe junto a la puerta. Otro chico entró entonces en el aula: era casi del mismo porte que Lucas, alto y de hombros anchos, y se movía como si sus pies apenas tocaran el suelo. Y sus *ojos...*

Las marcas le ardieron, *quemaron*, como si se las estuviesen grabando a fuego en ese mismo instante. La visión de la chica empezó a nublarse producto de un dolor lacerante en la cabeza, mas se obligó a no tambalear, a hacer como si nada pasara. El muchacho que acababa de entrar la observaba con unos ojos tan negros



como el petróleo, y las sombras parecían seguirlo. ¿Qué tan real sería todo aquello? ¿Estaba alucinando ya?

Él avanzó hasta el escritorio del profesor y le entregó un papel amarillo que traía en la mano. El hombre asintió.

—No se acostumbre a llegar tarde, señor Kennet.

Las sombras siguieron al chico de ojos negros hasta que Aura tuvo que cerrar los suyos a causa del dolor. Toda la escena se registró brumosa en su memoria. Cuando menos se dio cuenta, las líneas de los objetos frente a ella se borronearon.

—Aura —Lucas la llamó en voz baja.

Ella se obligó a avanzar a tientas hasta que sintió la mano de Lucas en la parte baja de su espalda, que la guiaba con disimulo fuera del aula. Pudo distinguir vagamente cómo el profesor volvía a hablar dentro de la sala, mas no logró armar las palabras en su cabeza. Lo último que le pareció notar antes de salir fueron unas extrañas marcas, similares a las suyas, en uno de los brazos del chico de ojos negros, pero la visión fue tan corta que creyó haberlo imaginado. Estaba siendo presa de un delirio febril del que necesitaba salir con urgencia.

Cuando la puerta se cerró despacio tras ellos, el dolor se mitigó lo suficiente como para permitirle abrir los ojos y no chocar con algo.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas tras ella.

No pudo decir nada. Una sombra se escurrió desde el aula entre la rendija que separaba la puerta del piso y se deslizó siseando hasta enroscarse en el tobillo de la chica. Lo sintió como un pinchazo de aguja y ahogó un grito.

Como por acto de reflejo, alargó el brazo con las marcas en la muñeca y la energía salió oscura de sus dedos hasta hacer

retroceder a la sombra. Lo peor... fue el ruido. La sombra pegó un alarido inhumano que le taladró los tímpanos, y por el gesto que hizo, estaba segura de que Lucas lo había oído también. La cabeza comenzó a dolerle con más intensidad mientras ese ruido martillaba en el ambiente. La sombra se desvaneció no sin llevarse con ella gran parte de las fuerzas de la chica. Aura creyó que se desmayaría en cualquier momento.

Sintió su espalda chocar con la fría pared del pasillo y en un intento de estabilizarse se pegó a ella sin obtener resultado. Sus piernas ya no eran capaces de sostener su cuerpo, y habría caído si Lucas no la hubiese sujetado.

—Aura... —susurró con un atisbo de miedo en su voz—. Vas a estar bien...

«¿A quién tratas de convencer; a mí o a ti?», se sintió tentada de preguntar, pero se contuvo. El pensamiento le arrancó una débil sonrisa.

Una oleada de energía le recorrió el cuerpo, era la misma sensación que Aura había tenido en el sueño la noche anterior, estaba segura de eso, solo que esta vez parecía no ser suficiente. Consiguió abrir los ojos; ya no estaban en el pasillo fuera del aula de Historia Civil. Eso lo sabía porque las paredes ya no eran blancas, sino de madera al igual que el piso. No había tanta luz, lo cual agradeció.

Lucas estaba a su lado sentado en el piso y ella se apoyaba contra él.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos? —preguntó.

Él exhaló como si hasta ese momento hubiera estado conteniendo la respiración.

—En una de las partes más viejas del campus. Cerca del aula de Ruinas Antiguas.

—Ya ni siquiera dan esa clase...

—Es por eso que nadie viene —concluyó el chico.

—¿Tú me trajiste?

«Obviamente», pensó luego de haber preguntado.

—Estuviste inconsciente durante unos minutos. Supuse que no querías que te lleve a la enfermería.

No, no quería.

—Gracias.

—¿Cómo te sientes?

—Como si alguien hubiera decidido electrocutarme el cerebro —respondió.

—Deberías dormir —dijo él.

—¿Aquí?

—No veo por qué no.

Aura sonrió.

—Nadie viene aquí, créeme —continuó diciendo—. Necesitas... —titubeó— reponer fuerzas.

Un presentimiento la asaltó.

—¿Tú...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo. Los ojos violetas del chico lucían más oscuros por la falta de luz, y parecían ya saber lo que planeaba decir—. ¿Viste lo que pasó?

Lucas ladeó la cabeza.

—¿Prefieres que te diga la verdad, o solo lo que quieres oír? —preguntó el chico sin mirarla.

—Creo que esta vez ambas respuestas no son tan diferentes, Lucas —repuso, porque quería dejar de sentir que estaba enloqueciendo.

Él no dijo nada durante un instante y ella tampoco lo hizo.

—Sí —dijo por fin.

No pudo responder.

—No entiendo nada... —murmuró. A pesar de que parte de ella sentía que sí lo hacía.

—Duérmete, Aura. Te prometo que cuando despiertes...

No terminó la frase, pero no habría importado. En ese momento, Aura sintió el cansancio abordar su cuerpo una vez más y no tuvo tiempo para cuestionarse si confiaba en él o no. Se dejó ir...

## CAPÍTULO III



—¿Lucas? —dijo Aura en un susurro tan bajo que apenas ella logró escuchar.

Al abrir los ojos la oscuridad la desconcertó.

Cuando logró adaptarse a la falta de luz, Aura pudo distinguir que ya no seguía en la universidad, donde recordaba haberse dormido. El cuerpo le pesaba y la cabeza aún le dolía, pero al menos ahora era soportable.

Estaba en una habitación desconocida para ella, aunque eso, por algún motivo, no la inquietó.

—¿Lucas?

—Estoy aquí, Aura —habló él a sus espaldas.

La muchacha se volteó incorporándose sobre la cama. Lucas estaba sentado con los codos apoyados sobre el escritorio que había frente a una ventana y la mirada perdida en algún punto tras el cristal. La luna bañaba su perfil de una suave luz plateada.

—¿Dónde...?

—Estamos en mi casa —respondió antes de que ella terminara la pregunta. La chica asintió con extraña calma—. No sabía dónde más traerte. Iban a cerrar la universidad y no podía despertarte. Estuviste inconsciente un buen rato.

—Eso explica por qué no soñé nada... —murmuró más para sí, pero él la escuchó.

—¿Pesadillas? —inquirió.

—¿Cómo lo...?

—También las tengo —dijo él, apartando por fin la vista del cielo y mirando hacia ella.

Aura no supo qué decir ante eso.

—¿Qué hora es?

—Casi las once...

—¿¡Estuve inconsciente por casi diez horas!?

Lucas asintió.

—Oh, Dios... ¿Y mis cosas?

Lucas señaló con la cabeza a la orilla de la cama, donde descansaba su mochila negra. Aura se apresuró a tomarla y rebuscó en ella hasta encontrar su celular. Más de diez llamadas perdidas. Marcó al número y al primer tono escuchó la voz preocupada de su madre por el auricular.

—¿*Aura*? —preguntó en una voz tan baja que la chica apenas pudo oírla.

—Sí, mamá...

—*¿PARA QUÉ TIENES EL MALDITO TELÉFONO SI NUNCA TE DIGNAS A CONTESTARLO?! ¿TE DAS UNA IDEA DE LO PREOCUPADA QUE ESTABA!?* —gritó tan fuerte que Aura tuvo que alejar el celular de su oído.

Lucas arqueó una ceja en su dirección; él también lo había escuchado.

—Lo siento, mi... mi batería murió y... Se me quedó el móvil en casa cuando salí y... Llegaba tarde, por cierto, ¿por qué no me despertaste?

—*Hija, salí temprano. Cambiaron la hora al médico de mi abuela y tuve que adelantar mi vuelo. Te dejé una nota en la entrada porque no quise despertarte aún. Te pedí que me llamaras cuando pudieras, ¿no la viste?*

—No...

—*Recuerdas que te dije que estaría fuera unos días, ¿verdad?*

—Sí —mintió—. Lo siento si te preocupaste, pero estoy bien, de verdad.

—*¿Dónde estás?* —preguntó su madre.

—En casa.

—*Si sales, por favor, llámame, ¿sí?*

—Hecho. Nos vemos en unos días. Y lo siento.

—*Está bien. Nos vemos, hija, cuídate.*

—Tú igual —susurró para luego colgar.

—Le mentiste —la acusó el chico apenas despegó el celular de la oreja.

Aura le lanzó una mirada.

—No ha pasado nada que necesite saber —lo cortó.

Lucas sonrió y se acercó hasta sentarse en la cama junto a ella.

—Claro —dijo sarcástico—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, supongo —contestó sin convicción—. Lucas, ¿qué...? ¿Qué viste?

—Lo mismo que tú, Aura. La pregunta es si tú lo sabes.

—¿Y eso qué se supone que significa? — espetó con más brusquedad de la que pretendía. Lucas no respondió durante un rato. Veía hacia afuera de nuevo, como si esperara que así todas las respuestas que necesitaba llegaran a él—. ¿Qué es lo que sabes? —preguntó con la voz en un hilo, acercándose al borde opuesto de la cama.

Él la miró con sus peculiares ojos violetas, y un brillo extraño en ellos.

—Tengo respuestas a preguntas que ni siquiera te has hecho, Aura, pero no puedo decirte nada hasta que alguien responda las mías.

—¿Y qué es lo que tú necesitas saber?

Él la observó durante un momento.

—No cambiaría nada si te lo dijera.

Ella resopló.

—Aun así —contestó con una débil sonrisa.

Por unos segundos, quizás por algunos minutos, ninguno de ellos dijo nada. Los ojos color tormenta de Aura recorrían al muchacho que tenía delante, preguntándose cómo era posible que todo a su alrededor se volviera de pronto tan complicado. Él percibía sus dudas, sintiendo que la chica frente a él tenía todas las preguntas mientras que él mismo tenía muchas de las respuestas. Lucas no podía perder más tiempo; tenía que decirle todo, pero ¿hasta qué punto sería ella capaz de creerle?

Suspiró.

—Quiero saber por qué las sombras son capaces de afectarte tanto —dijo por fin. Aura no pareció sorprenderse.



«Créeme, también yo», quiso decir.

—Así que sí puedes verlas... —afirmó en su lugar. No era una pregunta, pero Lucas asintió despacio con la cabeza.

—Sí, puedo verlas.

—¿Están... *vivas*? —preguntó titubeando. Odiaba titubear, mostrar debilidad.

—No. Tienen un atisbo de consciencia que no les alcanza para vivir por sí solas. Es por eso que... succionan la energía del ambiente en el que están. —Aura asintió—. No se mandan a sí mismas. Ellas... Si están tras de ti es porque alguien más las envió —continuó diciendo él. Para su sorpresa, la chica seguía sin inmutarse.

—Y tú sabes quién las envió. —Tampoco era una pregunta. ¿Cómo había llegado a mantener conversaciones de este tipo con alguien a quien apenas conocía? Era tan... *irreal*.

—Y parte de ti también lo sabe, Aura.

La chica volvió a asentir, aunque no estaba segura de por qué lo hacía.

—Los sueños, ¿son reales?

—¿Qué sueños?

—Tú sabes cuáles —soltó Aura. Alzó el brazo y sin más descubrió su muñeca: marcas con la forma de dedos se cerraban en torno a ella. Al mencionarlas, Aura sintió que comenzaban a arder en su piel, pero tan pronto como Lucas se acercó y tomó su brazo, el dolor cesó.

—¿Cómo haces eso? —murmuró casi maravillada.

—Sí, son reales. Los sueños, me refiero. Son producto de la misma persona que...

—Que envía las sombras —terminó ella por él. Lucas asintió—. No voy a preguntarte si quiere matarme. No aún, al menos,

porque estoy segura de que no me va a gustar la respuesta —anunció, disminuyendo el volumen de su voz involuntariamente a medida que hablaba.

Lucas bajó la cabeza como si no quisiera enfrentarla.

—No —hablaba en susurros, a pesar de que nadie podía escucharlos—. No te gustará la respuesta.

Aura lo observó en silencio hasta que el chico por fin alzó la mirada. Sus ojos lucían aún más brillantes y la veía con tanta intensidad que Aura no se vio capaz de sostenerle el contacto.

—Son reales... —murmuró más para sí—. ¿Es por eso que tengo esto? —Señaló las marcas.

Aura no se había percatado de que las de su cuello también ardían hasta que el chico las tocó y dejaron de doler.

—Que pase en tu mente no significa que no sea real —dijo por toda respuesta.

Aura asintió. El silencio volvió a apoderarse del ambiente dejando como único ruido las respiraciones de ambos. Entonces Aura se atrevió por fin a levantar la cabeza y encontrarse con los ojos del chico. Ella tenía una expresión extraña, a medio camino entre la incertidumbre y algo más; algo que Lucas no pudo descifrar

—¿Me crees? —preguntó él en un susurro, sin quitar aún la mano de su cuello.

El contacto le hacía hormiguar la piel.

—No me has dado ningún motivo para no hacerlo —respondió intentando formar una media sonrisa en su rostro.

¿Confiaba en él? Aura no confiaba en nadie, nunca lo había hecho. No, eso no era del todo cierto, pero había perdido a las únicas personas en las que realmente había confiado, esa era la realidad.

Sin embargo, tenía esa sensación que no podía quitarse, esa sensación de que le confiaría su vida a ese chico si fuera necesario.

Lucas esbozó una débil sonrisa y se obligó a apartar la mirada de ella. Tiró la espalda sobre la cama y se quedó viendo el techo en su lugar, como si fuese la cosa más interesante del mundo. Aura permaneció con las piernas cruzadas sobre la cama cerca del chico, casi sin atreverse a estar más lejos y sin atreverse a acercarse tampoco.

—Anoche... —comenzó, pero se detuvo sin saber cómo seguir.

—Dime —dijo él girando la cabeza para mirarla.

—En el sueño... La energía... Las sombras... ¿Fuiste tú? —preguntó sin mucho sentido—. La corriente de energía... sentí lo mismo hoy antes de desmayarme.

—Era la única forma de mantenerte... despierta, si eso tiene sentido.

—Y a ti... ¿No te afecta?

—¿Darte mi energía? —Ella asintió una vez más—. No es importante.

«Claro que sí». Y como si Lucas pudiese averiguar sus pensamientos, miró hacia ella. Aura se acomodó sobre su estómago y sintió que los párpados comenzaban a pesarle.

—Gracias —le susurró.

Él sonrió de medio lado.

—No hay de qué.

Ella giró sobre su espalda y miró al techo también.

—Aún hay más en la historia —dijo la muchacha después de un rato.

—Te prometo que te contaré todo lo que quieras saber —contestó Lucas a pesar de que no había sido una pregunta—. Solo no... —Su voz se perdió en el silencio. Suspiró.

Ambos continuaron sin hablar, tirados en la cama uno junto al otro mirando al techo, intentando seguir cada uno el hilo de sus propios pensamientos. La oscuridad los rodeaba sin que hubiera rastro del caos en ella

—¿Aura? —preguntó él casi dudando.

—Dime.

—¿Hace cuánto...? —titubeó—. ¿Hace cuánto comenzaron las... pesadillas?

Ella se demoró unos segundos en responder. Pero ¿cuánto? El tiempo parecía ya no importarle.

—Un par de semanas —dijo.

Él asintió.

—Deberías dormir...

—¿Aquí? —preguntó recordando la conversación que tuvieron en la universidad. Lucas sonrió.

—No veo por qué no.

Aura dejó que la sonrisa del chico se le contagiara, como si ya todo lo demás hubiera quedado olvidado.

—¿Y tus padres? —preguntó entonces.

—Yo vivo solo, Aura.

La muchacha frunció el ceño. Abrió la boca como para decir algo, pero se lo pensó mejor y decidió callarse. Los párpados empezaron a cerrársele poco a poco y su respiración se acompasó. Aura se relajó con la seguridad de que, por primera vez en lo que le parecía una eternidad, al menos esa noche las pesadillas no vendrían.

Abrió los ojos que durante un momento había cerrado y volvió a mirar al techo, dejando sus pensamientos fluir en el éter.

Una idea la asaltó de pronto.

—¿Lucas? —susurró.

—¿Mhm? —murmuró él, adormilado.

—Cuando te dije de las pesadillas... —vaciló—. Dijiste que tú también las tenías. —Silencio. Aura continuó—. ¿Qué es lo que sueñas?

Sintió cómo él se tensaba. Pasó tanto tiempo sin responder que Aura terminó por creer que ya no lo haría.

—Te prometo que algún día te contaré esa historia —dijo finalmente.

Y Aura le creyó.

—Junto con el resto de esta.

—Junto con el resto de esta —confirmó él.

Y eso fue lo último de lo que Aura fue consciente antes de cerrar los ojos.



Esa mañana Aura despertó antes de que el sol saliera. El dolor de cabeza se había mitigado por completo. Fuera el cielo comenzaba a aclarar y las estrellas empezaban a desaparecer. Como por instinto la chica miró hacia donde solía estar su reloj fluorescente, pero no estaba en su casa. Lucas respiraba de manera acompasada dormido a unos centímetros de ella. Aura respiró pesadamente, recordando, y se levantó cuidando de no despertarlo. Buscó su celular en la mochila. 6:28. Apenas si sabía qué día era.

—No vas a llegar tarde —murmuró Lucas tras ella. Aura se sobresaltó.

—No estaba pensando en eso —dijo con una pequeña sonrisa—. ¿Te desperté?

—Podría decirse. —Lucas suspiró y se levantó aún medio dormido, pasándose una mano por la cabeza—. Dame menos de diez minutos y te llevo a tu casa.

Aura asintió. Lucas se disponía a salir de la habitación cuando la voz de la chica habló a sus espaldas.

—Dejé el auto en la universidad ayer...

—Yo te llevo —dijo él, y salió dejándola sola con sus pensamientos.

Aura se quedó quieta, sin saber bien qué hacer. Un vistazo afuera le bastó para saber que el sol no saldría ese día. No es que le molestara, de todos modos.

La muchacha se acercó a la ventana hasta casi posar una de sus manos en el frío cristal. Incluso sin tocarlo, podía sentir el cambio de temperatura con el exterior, notando cómo el calor escapaba de su cuerpo a través del vidrio. Se acercó a las rendijas de la ventana, por donde entraba el aire helado, e inspiró, dejando que el frío pasara por su tráquea, mirando el cielo nublado que la conectaba con el resto del mundo.

Así que los sueños eran reales, no solo un falso invento de su cabeza.

«Que pase en tu mente no significa que no sea real», había dicho Lucas. Aura miró por instinto a las marcas que se cerraban en torno a su muñeca, solo para descubrir con sorpresa que ya no estaban ahí. Tocó la zona, casi esperando que así aparecieran o que doliera, pero no lo hizo. Estiró el cuello con la vista en la ventana y su reflejo le indicó que aquellas marcas habían desaparecido.

—Lucas... —murmuró para sí misma.

—¿Dime? —dijo la voz del chico tras ella tan de repente que la hizo pegar un salto. Aura lo miró como si quisiera lanzarle un

cuchillo con los ojos, mas él le mostró una sonrisa socarrona—. No quise asustarte.

—Ya. Vale.

Aura lo siguió con la mirada mientras él caminaba por la habitación. Lo observó con la curiosidad que él le inspiraba, captando los músculos de su espalda moverse bajo una camiseta negra que le resaltaba lo pálido de la piel, mientras buscaba cosas y las metía sin orden específico dentro de una mochila. Lucas se dio la vuelta de pronto como si sintiera la mirada de la chica quemándole en la espalda.

—¿Vamos? —preguntó con una expresión que Aura no supo descifrar. El cabello oscuro le caía mojado por sobre los ojos.

Aura asintió, agradeciendo en su interior no sonrojarse porque la hubiera pillado. Al salir pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer hasta convertirse en un diluvio que no tardó en empaparlos a ambos. Lucas y Aura se apresuraron a subir al *jeep* negro del chico. Ella le comentó la dirección de su casa y Lucas arrancó el auto. Pronto la carretera apareció ante ellos, desdibujándose producto de la lluvia que caía como lágrimas por el cristal, entremezclando los colores del borroso paisaje. Aura se concentró en el sonido de las gotas cayendo contra el pavimento, contra el pasto y contra el techo del auto. Aparte de eso y del leve ruido de los neumáticos rodando sobre el concreto, el silencio pesaba sobre ellos.

La chica recargó la cabeza contra la puerta.

—¿Ibas a decirme algo? —preguntó Lucas de la nada.

Aura frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó a su vez sin comprender.

—Antes, cuando estábamos en mi casa, dijiste mi nombre.

—Yo... —titubeó—. Las marcas desaparecieron.

Lucas la miró de reojo durante un segundo más de lo necesario.

—Por nada —dijo al fin.

—¿Cómo lo hiciste?

—Llegamos —señaló él deteniendo el auto—. No te preocupes, te espero.

Aura rodó los ojos y abrió la puerta dispuesta a bajarse, pero se detuvo al posar su mano en la manilla de la puerta. Miró al cielo al tiempo que una extraña sensación se apoderaba de su cabeza y, sin mirar al chico, habló:

—No vas a poder evitar las preguntas por siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Él no habló durante unos segundos que se le hicieron eternos; el peso del silencio volvió a caer sobre ellos. Cuando Aura creyó que Lucas ya no iba a responder se bajó del auto. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando él murmuró, también sin mirarla:

—Lo sé.

Entonces la chica se fue, cerrando la puerta débilmente tras de sí.



Aura se duchó y vistió en tiempo récord, dejando su cabello estilando sobre la ropa, sabiendo que no valía la pena secarlo. Cuando salió de su casa, Lucas parecía no haber movido ni un músculo desde que ella se fue; sus dos manos descansaban en el volante del auto y su mirada violeta estaba perdida en un punto tras ella. Él pareció notar el movimiento, ya que parpadeó y sacudió la cabeza como intentando aclarar pensamientos. Sus ojos



se posaron en la chica con una mirada que dejó a Aura clavada en la puerta. Apenas si se atrevió a sostenerla por un segundo antes de obligarse a sí misma a avanzar con normalidad. Los ojos de Lucas siguieron cada uno de sus movimientos.

Apenas salió de debajo del techo de su casa la lluvia cayó sobre ella hasta dejarla empapada. Ella suspiró al subir al auto y contrajo el impulso de mirar al chico. Cuando Lucas por fin partió rumbo a la universidad ninguno pronunció palabra durante un largo rato. Aura sabía que Lucas tenía las respuestas que necesitaba, o al menos varias de ellas, pero él se mostraba reacio a dárselas y no entendía sus razones.

—Ni marcas, ni sueños, ni sombras —comentó sin apartar la vista de la carretera. Lucas apretó la mandíbula y no dijo nada—. Tampoco extraños mareos ni ataques de asma desde hace un día —continuó. Eso lo había notado esa misma mañana.

—Aura —advirtió el chico—. Déjalo ser.

Ella suspiró de nuevo. No quería sentirse molesta, después de todo él le había salvado la vida más de una vez por lo que ahora sabía; aun así, lo hacía. ¿Qué podría ser tan grave como para negarse a decirlo? Sin embargo, apenas se formuló la pregunta en su mente se dio cuenta de que había muchas cosas que encajaban en esa característica.

Cuando llegaron abrió la puerta sin detenerse a esperarlo.

—Ayer... —comenzó; el muchacho ni se molestó en mirarla. Aguardó con la esperanza de que él dijera algo esa vez, lo que sea... No lo hizo—. No hagas promesas que no piensas cumplir —terminó ella y se bajó del auto.

—Aura —dijo cuando la chica ya estaba por irse. La mencionada se volteó—. Cuídate, ¿sí?

«¿Te estás despidiendo?», quiso preguntar, pero se limitó a asentir con la cabeza y encaminarse a su primera clase como si nada de aquello tuviera importancia. Por detrás le llegó el ruido de un motor acelerando. Al voltearse vio el *jeep* negro de Lucas alejarse hasta convertirse en un manchón borroso por la carretera, mientras que ella se quedaba allí, quieta, con la visión distorsionada por la lluvia.

## CAPÍTULO IV



Lucas no volvió a clases durante el resto del día. Pasó un rato antes de que Aura se moviera por fin del estacionamiento de la universidad. La lluvia no había menguado para ese entonces. Al entrar Aura se sentía extraña: a pesar de la nueva información que ahora poseía —que no era mucha, por lo demás— sentía la cabeza más despejada. Había recuperado casi dos semanas de sueño y eso la hacía estar, por redundante que fuera, más despierta. Era como si parte de ella ya hubiera sabido de antemano todo lo que el chico de ojos violetas le había dicho, por increíble que fuera, solo que no podía recordarlo.

Cuando entró Aura vio con el rabllo del ojo a las sombras arremolinarse a ras del suelo, sin embargo, estas no le daban miedo.

Estas eran distintas; no eran frías ni extrañas, sino más bien familiares. Bienvenidas. *Suyas*. Sentía que eran parte de la energía que emanaba de ella y se deslizaba a su alrededor. Aparte de eso, todo se veía como siempre lo había hecho hasta entonces: normal. Extraño y con las sombras rondando siempre sin llegar a desaparecer del todo, pero normal, al fin y al cabo. Mas al llegar al comedor algo cambió: un recuerdo que creyó haber enterrado tiempo atrás comenzó a emerger de sus memorias más profundas.

Había sido un día como aquel, cuando el otoño estaba en la mitad de su esplendor. Aura todavía no ingresaba a la universidad, y aún no estaba del todo segura de si eso entraba en sus planes. En ese entonces las preocupaciones de la chica se centraban solamente en eso: ¿qué iba a hacer con su vida? Sus únicas pesadillas eran dignas de libros de ficción, las cuales, aunque pocas veces las tenía, olvidaba con rapidez y no le dejaban extrañas marcas como recordatorio permanente de que el mundo quizás no fuera como ella creía.

Ese día hacía dos años, sin embargo, tuvo un comienzo extraño. Ahora que pensaba en ello, Aura recordaba algo de lo que antes nunca se había percatado, mas la imagen en su cabeza se presentaba de forma inusual; externa, como si el recuerdo le perteneciera a otra persona y no a ella misma. Un *sueño*... Ese día había sido el primero, y no lo había recordado hasta entonces. O lo que era más, Aura sentía como si su cerebro jamás hubiese registrado el acontecimiento en primer lugar, no obstante, las imágenes pronto comenzaron a brotar como un torrente en su cerebro sin detenerse.

*Sombras*. Habían estado con ella desde que tenía memoria; eran como la manifestación de su energía. Las otras, sin embargo,

las que aparecían en su cabeza y drenaban sus fuerzas habían llegado ese día, por primera vez, mientras dormía.

En el sueño aparecía un bosque. La oscuridad cubría todo a su alrededor. Aura corría lo más rápido que las piernas le permitían, intentando con toda su fuerza de voluntad no voltearse a ver qué tan lejos estaban las sombras. Tropezaba casi a cada paso que daba, ya que las piedras y raíces parecían meterse en su camino a propósito, como queriendo retrasarla. Los pulmones le ardían, pero ella no iba a parar; era un lujo que no podía darse. Aura no se detuvo; el miedo y la adrenalina se lo impedían.

La destrucción estaba a sus espaldas y no quería formar parte de ella.

«Sabes que no podrás escapar», escuchó el siseo en su cabeza, como si proviniera de todas partes y ninguna a la vez. El frío se incrementó erizándole la piel. La oscuridad parecía una niebla cada vez más densa.

Tropezó con algo en el suelo que no supo identificar. Cayó y fue entonces cuando las sombras la alcanzaron. Con un chillido extendió los brazos sin intentar contener la energía que salía de ella en forma de oleadas oscuras como el petróleo. Las más cercanas a Aura se desintegraron, sin tiempo de retroceder, emitiendo un ruido que le taladró los tímpanos. El problema fueron las de más atrás, que se acercaron murmurando hasta ella. Eran como la encarnación del miedo y la furia, la personificación de todo el odio que pesaba sobre la humanidad. Y, por primera vez, Aura no creyó tener la fuerza para pelear contra eso.

Durante unos segundos fue capaz de contenerlas, pero de un momento a otro las sombras desaparecieron. La bruma negra se disipó como si jamás hubiese estado allí y todo quedó en calma.

Aura trató en vano controlar su agitada respiración, mirando con paranoia cada centímetro del bosque, a la espera de que algo apareciera. El silencio era casi ensordecedor y era la anticipación lo que la chica no soportaba, porque sabía bien que la pesadilla aún no había terminado.

«Antes de la tempestad viene la calma», siseó nuevamente la oscuridad, pero esta vez Aura no la escuchó dentro de su cabeza. Se volteó con rapidez, solo para ver una oleada de sombras establecerse tras de sí como alquitrán derramado. Del centro algo comenzó a alzarse y a tomar forma. Piernas. Torso. Brazos.

Cuando la niebla se disipó Aura pudo ver con claridad la figura que se escondía tras las sombras durante un breve segundo, y después se abalanzó sobre ella. Lo último que vio antes de que la escena se desvaneciera fueron unos ojos más negros que la misma noche, que parecían ser capaces de absorber el alma de quien mirase directo a ellos.

Las imágenes pararon tan pronto como llegaron. La chica podría haberse quedado durante horas pensando en ese recuerdo; no solo en el sueño, sino en todo lo que había pasado después, porque la verdadera pesadilla no fue cuando estaba dormida: la verdadera pesadilla llegó cuando estaba despierta, en el mundo real.

Aura suprimió sus pensamientos y se obligó a reprimir sus emociones. No quería recordarlo. No *podía*.

De pronto ya no tenía hambre.

Un dolor lacerante se instaló en su cuello de golpe, y la sensación de asfixia vino con él. Aura corrió al baño más cercano, sin importarle que eso le dificultara aún más respirar. Sus pasos resonaban en los interminables pasillos de mármol. Cuando pudo

llegar la chica ya sabía con lo que se encontraría. Al apartar un poco el pañuelo de su cuello las marcas con forma de dedos que Lucas había quitado estaban allí una vez más, quemando como si hubiesen sido grabadas a fuego.

Aura puso su mochila sobre el lavabo y rebuscó en ella hasta que sus dedos encontraron el inhalador. Una vez que el medicamento entró a su sistema pudo respirar casi con normalidad, pero no había mucho que hacer con las marcas. Intentó echarles agua, lo que sea para aliviar un poco el dolor. Le llevó un momento calmarse, no obstante, una vez conseguido, salió del baño y se dirigió a su primera clase esperando que la distrajera de los recuerdos que amenazaban con salir a la superficie, aquellos que dolían aún más que mil marcas.

La puerta del aula de Historia Civil estaba abierta, mas la clase había comenzado hace quién sabía cuánto. El profesor Clayton estaba de espaldas a ella, concentrado escribiendo algo en el pizarrón, por lo que la chica se apresuró a entrar con sigilo. Con suerte nadie notaría su atraso.

—Buenos días, señorita Cromwell —dijo con seriedad su maestro, aún de espaldas a ella.

La chica hizo una mueca. ¿Cómo es que la había visto? Aura optó por no contestar. Parecía que su profesor iba a decir otra cosa cuando alguien más entró en el aula. Alto, cabello dorado como el suyo, ojos negros como las sombras. El frío se incrementó en la habitación, o al menos Aura así lo sintió.

—Tarde otra vez, señor Kennet.

—No pasará de nuevo. —Entró como si nada.

Aura intentó mantener la cabeza agachada mientras el chico se le acercaba y las sombras se acercaban con él. Se removió en

su asiento, mirando con recelo el sitio vacío su lado. «Aquí no», rogaba. «Por favor, aquí no...».

—Hola —dijo él con filo en la voz, sentándose junto a ella mientras Aura maldecía su suerte en voz baja—. Soy Stephan.

Algo se activó en la memoria de la chica, una sensación extraña, casi como un *déjà vu* que no pudo identificar. «¡Piensa!», gritaba su mente, pero la vaga idea que empezaba a cobrar sentido en el fondo de su cabeza se desvaneció en menos de una fracción de segundo, arrancada de tajo.

—Aura —murmuró un tanto desconcertada. Por el rabillo del ojo la muchacha vio que Stephan sonreía de una manera extraña, murmurando algo que sonó demasiado parecido a un «ya lo sé». Cundo las sombras comenzaron a arremolinarse alrededor de ambos Aura tuvo que contener el impulso de levantarse de un salto y salir corriendo.

—Brujas —dijo Clayton con un tono casi lúgubre, sacando a la chica de sus pensamientos en un segundo—. Justo cuando la obsesión por la caza de brujas en Europa causada por la Inquisición estaba terminando, una nueva inquietud por el tema surgió en la aldea de Salem, en el estado de Massachusetts en 1692.

»Todo comenzó cuando dos jovencitas, Abigail Williams, de once años, y su prima, Elizabeth Parris, de nueve años, acusaron a tres mujeres de su localidad de haberles puesto un embrujo como explicación a las convulsiones esquizofrénicas y al comportamiento antirreligioso que mostraban. Debido al fanatismo de la época, las muchachas fueron llevadas a un «sabio» doctor, el cual, al no encontrar causa médica para su comportamiento, declaró a las niñas como víctimas de posesión demoníaca.

A su lado, Stephan resopló.



—Qué estupidez —soltó.

—¿El qué? —preguntó Aura casi sin poder contenerse. Stephan volteó hacia ella como si durante un segundo se hubiese olvidado de su presencia.

La mirada que le lanzó hizo que Aura se arrepintiera de haber pronunciado palabra. Stephan sonrió casi con malicia.

—Si un demonio poseyera a alguien, ¿en serio crees que unos simples ilusos podrían notarlo? —respondió mordaz, la mirada fija en ella con ese brillo de furia contenida en los ojos que parecía siempre acompañarlo.

Aura le sostuvo el contacto visual durante lo que parecieron eternos segundos, casi como retándolo, hasta que las luces del salón se apagaron, devolviéndola a la realidad.

La oscuridad la desconcertó durante un momento. Miró hacia adelante; su profesor había apagado las luces y encendido un proyector que mostraba imágenes extrañas sobre el pizarrón.

—Claro que no todo comenzó así de sencillo —continuó, cambiando la imagen que se observaba. En ella se mostraba lo que parecía ser una cueva de esclavos, donde había varias mujeres y niñas de diversas edades sentadas formando un semicírculo sobre el piso—. Las mujeres de Salem se reunían a escuchar las historias que contaba una de las esclavas negras del reverendo Parris, tío de Abigail. Las historias exaltaban a las mujeres, *especialmente* a estas dos niñas, provocándoles malestares y comportamientos extraños.

»Ante esto Tituba, la esclava de Parris, fue expulsada de Salem, pero al seguir los malestares de las muchachas el pueblo empezó con la sospecha de que algo más que solo conmoción por las historias sucedía con ellas. Luego, cuando las convulsiones

comenzaron, seguidas de actitudes que iban en contra de la religión, Elizabeth y Abigail fueron diagnosticadas como poseídas.

La proyección cambió: dos niñas aparecían en ella. Las muchachas poseídas, supuso Aura.

—La histeria comenzó. Cuidando siempre de no acusar a gente respetable de la localidad para que su historia no decayera, Sarah Good, Sarah Osborne y la esclava negra de los Parris fueron las primeras tres mujeres acusadas por ambas niñas de brujería en la Aldea de Salem.

»Para el juicio que se realizó en mayo de ese año ya iban alrededor de doscientas personas, entre hombres y mujeres, que esperaban a ser juzgados por práctica de brujería y contacto con el diablo.

La imagen del pizarrón cambió una vez más. Frente a la clase se alzaba la foto de un tribunal en blanco y negro, lleno de gente que parecía protestar contra el juez. Tres mujeres se hallaban paradas a un lado, esperando la sentencia.

—Osborne murió en los calabozos luego del juicio, en el cual Sarah Good fue condenada a la horca por sus pecados contra la hija y la sobrina del reverendo. Sarah se defendió ante el tribunal, alegando una coartada consistente para el momento en el que supuestamente las chicas fueron dañadas y maltratadas, pero luego de que ambas cayeran en un ataque de histeria, gritando incoherencias y sosteniendo que ella las había embrujado, Sarah fue declarada culpable y murió no mucho después del juicio.

Una horca apareció en blanco y negro frente a los ojos de todos, y la silueta de un cuerpo colgando de ella se distinguía en la imagen borrosa. La chica contempló la imagen, sintiendo que un peso extraño caía en su estómago. «La historia detrás de la muerte».

Algo se movió entonces en aquella silueta, y parecía como si el cadáver se balanceara en la horca. Sombras comenzaron a arrastrarse fuera de la escena, como si hubieran salido del cuerpo inerte de la bruja muerta. Aura contuvo un gemido. La oscuridad comenzó a deslizarse por el suelo del salón, siseando, provocando un tenue parpadeo en la imagen del proyector, pero nadie pareció percatarse siquiera.

De pronto sintió cómo la mirada de Stephan se clavaba en ella. Por el rabillo del ojo, casi sin atreverse a voltear por completo, vio cómo el chico alternaba la vista entre las sombras y ella, mientras que una pequeña sonrisa tiraba de las comisuras de sus labios. Cuando el profesor siguió hablando, paseándose entre las primeras filas de la sala, Aura no logró despegar sus ojos de la sombra.

—Tituba, por su parte, fue más lista que las otras dos. Ella se declaró culpable y confesó haber tenido contacto con Satanás, y haber firmado un libro que él le ofreció, obligada por Osborne y Good, donde el demonio le ofrecía poderes oscuros. La esclava, alegándose tan víctima del diablo como las dos niñas, dijo que el resto de los nombres de la lista permanecían borrosos para ella, pero acusó a las otras dos sentenciadas de haber dañado y hechizado a Abigail y su prima.

»La mujer fue llevada a los calabozos, donde permaneció por mucho tiempo hasta que una fuente anónima pagó su liberación.

»En total hubo cerca de veinte declarados culpables de brujería y sentenciados a morir en la horca. Sin contar a los muchos que murieron debido al maltrato que sufrían estando en las cárceles.

La escena cambió, mostrando las deterioradas celdas de los prisioneros de Salem.

—Claro que las brujas no eran brujas. —La voz de Stephan era apenas un susurro, demasiado cerca de su cuello.

Aura pegó un salto en su asiento al sentir el cálido aliento del chico contra su piel, que al rozar sus marcas estas comenzaron a arder. Ella apenas volteó para mirar al muchacho a los ojos. Sin despegar la vista de él, escuchó a Clayton decir:

—Claro que las brujas no eran realmente brujas. Poco después de que la caza de brujas terminara, el tribunal se vio obligado a «corregir su error», dictando que la muerte de esas veinte personas había sido injustificada, ya que no existía tal cosa como las «brujas» en Salem.

La imagen en el proyector volvió a cambiar, sin embargo, Aura no fue capaz de verla; una sensación de mareo se abrió paso en su cabeza, obligándola a cerrar los ojos ante el dolor y las náuseas.

—Aunque ya no había nada que pudieran hacer, ¿no? Fue bastante obvio desde el principio —susurró el chico acercándose a ella.

Aura se alejó instintivamente, llevando con disimulo la mano a su sien, como si se estuviera apoyando en la mesa.

—¿Qué cosa fue obvia? —preguntó a su pesar.

—Que no eran brujas —se apresuró a responder Stephan—. De haberlo sido habrían hecho algo para evitar acabar muertas. Y de haber tenido contacto con el demonio... —La frase quedó suspendida en el aire, mientras que el mareo de Aura comenzaba a disminuir en modo gradual. La chica miró a su alrededor con los ojos entrecerrados; las sombras estaban cerca de ellos, pero algo parecía estar conteniendo su avance—. Digamos que podrías estar hablando con un demonio justo ahora, y jamás te darías

cuenta —terminó, sonriendo aunque no había rastro de emoción en su rostro.

Una alarma de advertencia se activó en su cabeza en la forma de un pitido que no dejaba de resonar en sus oídos. Ella no supo por qué; las sombras seguían al acecho, sin acercarse más de lo necesario.

Supo que la clase había terminado cuando el silencio sepulcral en que se había sumido la estancia por fin se rompió. Aura contuvo el impulso de levantarse de un salto de su asiento y se obligó a fingir normalidad y calma, a pesar de que lo único que quería era salir del aula.

Cuando estaba por largarse del lugar, una mano de tacto frío como el hielo se cerró en torno a su antebrazo. Con un escalofrío recorriéndola, Aura se dio la vuelta lentamente.

—Se te quedó esto —dijo la voz de Stephan. Su tono era pa-rejo, sin ninguna expresión tanto en el rostro como en la voz que delatará lo que estaba pensando, pero sus ojos brillaban de una manera extraña que la chica no supo ni quiso intentar descifrar. Algo se revolvía en su interior con esa mirada.

Con la mano que no sostenía el brazo de Aura, Stephan le extendió el libro de historia que se había dejado encima de la mesa. Ella lo miró con recelo y tomó el libro sin prisa, poniendo cuidado en no hacer más contacto con él. Comenzaba a sentirse mareada de nuevo.

Antes de que el chico soltara el libro por completo, Aura se dio cuenta de algo alarmante. Otro recuerdo apareció en su cabeza: otra de sus constantes pesadillas, aunque esta vez era una mucho más reciente. Los dedos del ente se aferraban a su muñeca y, en un giro extraño, Aura había aferrado también lo que

parecía ser el antebrazo de la sombra. La oscuridad había lanzado un grito que taladró sus tímpanos y, por primera vez, había retrocedido intentando zafarse de ella. Sin embargo, Aura no había cedido; liberó más energía y la oscuridad gritó de nuevo, disipándose. Durante una fracción de segundo, la sombra dejó de ser sombra y le permitió ver un brazo humano, y marcas violáceas de dedos se cerraban en él con la forma marcada de la mano de Aura, tal y como las que Stephan tenía cerca de la muñeca.

Su cuerpo se paralizó y la mirada de él siguió a la suya hasta su brazo. Cuando Stephan volvió a posar los ojos en Aura, su expresión había cambiado. Ahora sus ojos negros destilaban ira pura. La muchacha retrocedió tambaleándose, soltándose del agarre del chico que ahora le volvía a quemar la muñeca. Las marcas de su cuello ardieron también, como si reconocieran el tacto de quien las había creado.

—Gra... gracias —musitó y se apresuró a salir del aula.

Las sombras la siguieron todo el camino hasta el estacionamiento. Se deslizaban por los blancos corredores tras ella, siseando, succionando energía de todo a su alrededor. «Si están tras de ti es porque alguien más las envió», había dicho Lucas.

La respiración de la chica volvió a hacerse dificultosa y los pasillos parecían no terminar nunca.

«Y tú sabes quién las envió», había respondido.

Las sombras ya estaban casi sobre ella. Presa del miedo, Aura se volteó y lanzó una oleada de energía que desvaneció a las sombras que se arrastraban cerca de ella. No se detuvo a preguntarse qué o cómo lo hacía; si lo pensaba demasiado, no sería capaz de repetirlo. Esa vez, el ruido que emitieron fue distinto, y eso fue lo que más la asustó. Fue, de alguna forma... *humano*; corpóreo.

«Y parte de ti también lo sabe, Aura».

Ella no se paró a considerarlo. Utilizando la poca ventaja que creía haber ganado echó a correr una vez más por los pasillos de la universidad. Izquierda. Derecha. Izquierda. Izquierda.

Al salir la lluvia la empapó en menos de un minuto, mas la chica lo agradeció, y quiso engañarse a sí misma, aunque fuera por un segundo, creyendo que el motivo de su desesperación se debía a escapar de la lluvia y no de las sombras. El problema era que siempre le había gustado la lluvia.

Su auto estaba donde lo había dejado el día anterior. Aura llegó junto a él y comenzó a rebuscar las llaves en su mochila con las manos temblorosas y los siseos de las sombras acercándose a una velocidad vertiginosa. Estaba tan nerviosa que apenas sacó las llaves, se le resbalaron entre los dedos.

—Maldición —masculló.

Se agachó a recogerlas obligándose a sí misma a calmarse, pero antes de volver a pararse una sombra se le enroscó en el brazo. Aura dio un tirón brusco y se incorporó de un salto, tratando de ignorar las nuevas marcas púrpuras que acababan de salir en su piel y el dolor que estas producían, solo para ver algo todavía peor: a escasos metros de ella la oscuridad tomaba la forma corpórea que habitaba en cada una de sus pesadillas.

«Sucedió una vez, Aura, y aunque ahora no lo recuerdes, nada me impedirá hacerlo de nuevo», dijo en un siseo.

*Tiempo.* A la chica la recorrió un escalofrío de pies a cabeza: tenía que ganar *tiempo*.

—No te engañes a ti misma creyendo que puedes ganarme —volvió a decir la sombra acercándose a ella. Su voz sonaba mucho más corpórea y adquiriría un timbre que Aura ya había escuchado antes.

«Quizá», pensó la chica. «Pero puedo retrasarte». Las sombras emitieron un sonido extraño, como si se estuviesen burlando de ella. «Tengo que poder...».

A pesar del caos en el ambiente y de la confusión en su cabeza, Aura obligó a todo a desvanecerse e intentó concentrarse. Se imaginó la oscuridad, brotando de ella esta vez como volutas de humo negro; la energía salió de sus dedos como nuevas sombras un tanto más translúcidas que las otras, quizá, aunque igual de poderosas, y se adelantaron hasta enredarse en la figura que avanzaba con lentitud en su dirección. Apenas las sombras se encontraron, sintió algo que tiraba de sus entrañas con un dolor desgarrador, mas no sabía si era real o se lo estaba imaginando. Aura apretó los puños y sus sombras se aferraron a la forma de la oscuridad frente a ella. Esta gritó y se retorció, haciendo que sus sombras apretaran con más fuerza, atándola, inmovilizándola.

Su visión comenzó a borronarse.

«Esto no ha terminado», dijo la voz en su cabeza cuando la chica creía que no podría resistir mucho más, aunque Aura podía percibir que sonaba más débil que antes. Con un horrible sonido la oscuridad se disipó hasta desaparecer como si nunca hubiese estado allí, y todas las sombras, incluyendo las suyas, se desintegraron con un chirrido.

Una oleada de cansancio le llegó de golpe y estuvo a punto de caer, pero logró estabilizarse pegando la espalda al auto tras ella. Se dio un segundo para respirar y tratar de calmarse; sentía que se desvanecería en cualquier momento como una sombra más y no podía permitírsele porque esa vez, si caía, no habría nadie que la sostuviera.

Llegó casi a tientas a su casa y, con la visión nublada, logró meter la llave en la cerradura y entrar por fin.



Apenas estuvo dentro fue apenas consciente de cerrar la puerta de un decaído manotazo. Aura ni siquiera intentó subir las escaleras. Con las pocas fuerzas que le quedaban después de haber atravesado casi inconsciente la interminable carretera, la chica se dejó caer en el sofá de la sala.

Apenas cerró los ojos, todo se oscureció.



## CAPÍTULO V



**L**a muchacha despertó horas después, ya entrada la noche. Aura abrió los ojos despacio, adaptándose a la oscuridad que reinaba en el ambiente. Se incorporó de apoco, notando un dolor constante en el cuello y los hombros por la mala postura en la que se quedó dormida. Miró sus brazos por instinto: las marcas violáceas seguían allí, quizá aún más oscuras que antes, pero al menos habían dejado de doler. De no haber podido verlas Aura ni siquiera se habría percatado de ellas.

Respiró con pesadez, sin estar segura de si se debía al asma o al estar todavía medio dormida, aunque buscó su inhalador de todas formas.

Durante varios minutos, Aura actuó de manera sistemática: levantarse, buscar su mochila, su inhalador, usarlo, guardarlo. Se sentía con una extraña calma a pesar de todo lo que había ocurrido ese día, y no sabía si eso era bueno o malo. «La calma antes de la tormenta», no pudo evitar pensar una parte de ella. Había vencido a la sombra, al menos de momento, la pregunta era... *¿cómo?*

«Quiero saber por qué las sombras son capaces de afectarte tanto». La voz de Lucas sonó en su cabeza de pronto. El chico sabía algo acerca de todo lo que pasaba y no se lo estaba diciendo, y eso a Aura la enfermaba. Necesitaba respuestas.

Buscó a tientas su celular en la mochila. Eran casi las dos de la mañana. Su teléfono parpadeaba con una luz intermitente por las llamadas perdidas que tenía de su madre durante el día. La chica suspiró, decidiendo que la llamaría de camino a la universidad al amanecer.

Salem. Brujas. Demonios. Sombras. Las sensaciones de lo ocurrido horas antes llegaron a ella como si se hubiesen estado ocultando en las profundidades de su mente. Mas lo peor no habían sido el miedo ni las sombras, sino aquel recuerdo de dos años antes, saliendo a la superficie sin aviso ni permiso. El sueño que había tenido esa vez no había sido nada comparado con la pesadilla que vino luego.

El cansancio volvió a ella como si jamás se hubiera ido.

«Basta —se dijo a sí misma—. Deja de pensar en eso». Y, tal como había hecho hacía dos años, dejó de pensar en eso.



Las pesadillas no volvieron a aparecer en su cabeza esa noche. Y eso, de alguna manera, solo logró desconcertarla.

Por la mañana despertó poco antes de que el reloj sonara. Se sentía descansada, pero a la vez estaba ya tan acostumbrada a los sueños que la atormentaban que no estaba segura de si la ausencia de ellos era necesariamente buena.

Permaneció quieta, mirando el techo, y pronto los extraños sucesos que venían ocurriendo desde hacía semanas llegaron a su mente. Aura no quería analizarlos: en realidad, no quería pensar en nada de eso, porque hacerlo significaría volver en el tiempo al que —ahora se daba cuenta— había sido el comienzo de todo, y no tenía ningún interés en desenterrar lo que había en el fondo de su memoria.

El problema era que, al no querer recordarlo, le era inevitable hacerlo.

Aura suspiró y apagó el despertador.

Se levantó como un autómatas, actuando por inercia. Las únicas imágenes que ahora rondaban por su mente eran las de objetos que veía a su alrededor: cama, pasillo, puerta, baño. Aura estaba bien con eso, sin embargo, mientras esperaba a que el agua de la ducha se calentara, una imagen no deseada tomó forma en su cabeza...

Aquel día había comenzado con escalofríos, con el corazón acelerado, y el sueño reciente como grabado a fuego en su cerebro. Había despertado de golpe, con el peor ataque de asma que había tenido en toda su vida ocurriendo en ese momento. Tosía en un vano intento por ingresar aire en sus pulmones, pero sus rápidos latidos no ayudaban a mejorar la situación. Recordaba haber buscado a tientas en el cajón de la mesita de noche hasta encontrar el inhalador; luego de eso la chica no pudo volver a dormir. Entre el miedo irracional que le había quedado

arraigado y la sensación de asfixia, sus ojos se negaron a cerrarse a pesar del cansancio, pues no podía dejar de repetir una y otra vez las frases pronunciadas por la sombra que en el sueño... ¿la había matado?

A pesar de todo, Aura recordó, después de eso el día había parecido mejorar. Cuando bajó a desayunar, su madre la esperaba con el desayuno listo.

—Buenos días —sonrió ella.

—Hola —contestó la chica—. ¿Dormiste bien?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Lo mismo. —No supo por qué mintió, pero lo hizo. Aura examinó todo a su alrededor, como preguntándose qué era lo que faltaba en la escena. Evelyn, su madre, la observaba en silencio sin decir palabra—. ¿Y papá? Dijo que me llevaría a la escuela hoy.

—Sí, lo sé: tuvo que salir temprano. Me pidió que te deseara suerte hoy en tu examen, y dijo que lo llames al salir para que pase a buscarte.

Aura asintió, con una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de sus labios.

—Entonces... ¿Quieres llevarme?

Ahí terminaba el recuerdo.

Aura sacudió la cabeza, volviendo al presente; estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el vapor estaba inundando el baño. Miró por un segundo su reflejo en el espejo, molesta consigo misma. Se metió en la ducha, suprimiendo el resto del recuerdo. No quería volver a pensar en eso. Nunca, de ser posible.

Cepilló su cabello rubio, el cual se veía todavía más oscuro por el agua que aún estilaba. Salió de la casa no mucho después

y condujo hacia la universidad, con tiempo de sobra para darse el lujo de reducir la velocidad y alargar el trayecto. La carretera aún estaba mojada por la lluvia, pero el sol comenzó a salir poco a poco y la humedad se fue disipando. Antes de llegar al bosque que tapaba la luz, el sol ya había iluminado gran parte del cielo. Las sombras que siempre solían hacerse presente en ese tramo del camino esa vez no se hicieron notar, devolviéndole a la chica parte de la normalidad que su vida algún día había tenido.

Al llegar Aura estacionó el auto cerca de la entrada, sacó su teléfono y le marcó a su madre.

—*¡Ya venía siendo hora!*

—Estoy bien, mamá, es solo que...

—*¡Aura Cromwell!* —interrumpió su madre por el auricular. La chica hizo una mueca; no debería haberse alterado y, sin embargo, lo hizo—. *¡Basta de excusas!*

—No me lames así.

—*Aura...* —comenzó su madre. Su tono de voz había cambiado; no había reproche, sino más bien tristeza. Aun así, la interrumpió.

—No. Lo detesto y lo sabes. No quiero tener nada que ver con él, Evelyn —dijo llamando a su madre por su nombre de pila, como hacía cuando quería terminar rápido una conversación.

—*Han pasado dos años, hija...* —susurró esta.

Un dolor le atravesó el pecho como un cuchillo. Los recuerdos amenazaban con emerger nuevamente y Aura no podía dejarlos. Tragó intentado disipar el nudo que se formaba en su garganta.

Las palabras casi le quemaron al salir de su boca.

—Dos años o mil —dijo con filo en la voz—. No cambiaría nada.

Su madre no pronunció palabra y Aura tampoco lo hizo. Sabía que el tema le dolía tanto como a ella, y no era su intención herirla, mas los sucesos recientes le hacían sentir como si ese tiempo jamás hubiese pasado.

—Tengo que irme —dijo finalmente.

Evelyn suspiró al teléfono.

—*Cuídate, Aura. Nos vemos pronto.*

La chica asintió, incluso a sabiendas de que su madre no podía verla, y cortó la llamada sin pronunciar otra palabra. Respiró varias veces hasta que los recuerdos dejaron de atormentarla y sin esperar más bajó del auto.

Apenas entró en el recinto se dirigió rápidamente al comedor con la esperanza de que la persona que podía responder varias de sus preguntas estuviese allí, pero él no estaba en ninguna parte para ser visto. Suspiró y sin hambre se dirigió al casillero donde guardaba los libros que necesitaba para sus clases. Mientras tanto, las voces de sus compañeros se mezclaban con el ruido de la tormenta.

Aura no estaba del todo segura de cuántas materias compartía con Lucas, pero estaban juntos en Historia Civil, por lo que tenía la certeza de que, si lo vería en alguna clase ese día, sería en esa.

Durante el resto de la mañana se sintió tan ansiosa que apenas pudo concentrarse, y el que las sombras no aparecieran no la calmaba en lo absoluto. Lo sucedido el día anterior la había alterado sobremanera. Había vencido a la sombra, sí, pero ¿cómo? Le daba pánico que la situación volviera a repetirse, y aún más el hecho de que quizá la próxima vez su energía no fuera suficiente, después de todo se había quedado inconsciente al minuto de cerrar



los ojos luego de que todo pasara. ¿Y qué si sus fuerzas se agotaban antes de estar a salvo? Sabía que no todo había terminado, que aún quedaba algo por resolver, y para ello necesitaba saber a qué se enfrentaba... Cuando la interminable hora llegó a su fin, Aura saltó como un resorte de su asiento y sin esperar que la clase finalizara siquiera se dirigió casi corriendo al aula de Historia Civil.

Pasillos, pasillos y más pasillos. Estaba tan desconcentrada que apenas se dio cuenta de por dónde iba hasta que chocó con algo. *Alguien*.

Los libros de la otra persona cayeron al suelo.

—Lo siento... —comenzó a decir, inclinándose a recogerlos cuando alzó la cabeza y vio a la chica frente a ella. Cabello corto y castaño; ojos azules como el mar... Parecía que ese día los recuerdos se empeñaban en volver a ella—. No me fijé por dónde iba —dijo devolviéndole los libros a la que en su momento fue como parte de su familia.

Ella asintió.

—Descuida —dijo Elena—. Tampoco yo me fijé. —Su tono fue disminuyendo gradualmente, hasta que su voz se convirtió en casi un susurro—. ¿Cómo has estado, Aura?

Las imágenes que había intentado reprimir durante tanto tiempo regresaron, junto con las sensaciones que creía ya haber enterrado. Dolor, duda, confusión, tristeza... rabia, odio.

—Perdona, Elena, pero en serio tengo que irme...

—¿Cómo es que llegamos a esto, Aura? —exigió saber. Aura tragó el nudo que comenzaba a formarse en su garganta y no dijo nada—. No importa —dijo Elena en su lugar al ver que Aura no hablaba—. Nunca importó —repitió ya con la derrota grabada en la voz, y se alejó lentamente por los pasillos de mármol.

Aura se quedó inmóvil durante un rato, plantada en el pasillo sin poder moverse hasta que se obligó a sí misma a olvidar el encuentro y a matar las lágrimas que amenazaban con formarse en sus ojos. Siguió su camino incluso más distraída que antes, si es que eso era posible.

Al entrar en el aula de Historia el profesor Clayton la detuvo apenas puso un pie en el salón.

—Se saltó mi examen de ayer —acusó. Sus ojos se abrieron en ese instante por más que Aura intentó no reflejar demasiada sorpresa. Lo había olvidado por completo.

—Yo... me sentí mal al término de la primera hora...

—Mhm —murmuró el hombre entrecerrando los ojos. Durante un segundo, la chica creyó que la reprobaría sin más, no obstante, él la sorprendió entregándole un papel donde indicaba la fecha y la hora para recuperar el examen.

Aura mostró una sonrisa de alivio.

—Gracias.

—No falte —advirtió por toda respuesta.

Ella asintió y se dirigió a uno de los asientos disponibles al final del salón, parte que la luz de la ventana apenas cubría. Más tarde se preguntaría por qué el profesor ni siquiera le había pedido una excusa; no pensaría en que, para esas alturas, era ya evidente para los demás que algo no andaba bien con ella.

Examinó el lugar con la mirada, pero el chico de cabello negro y peculiares ojos violetas no se dejó ver en toda la hora. Tampoco Stephan, para alivio de Aura.

Durante toda la clase la muchacha se la pasó sin prestar atención, dibujando círculos y líneas en su libreta, recordando nuevas escenas de *aquel* día: recordaba la salida de clases, después

del examen, y recordaba haber conversado con Elena sobre eso. Habían bromeado, habían reído, y luego la pesadilla había comenzado. Cada vez que su mente amenazaba con recordar ese día, Aura lo bloqueaba. La escena se desvaneció de su cabeza junto con el resto de sus pensamientos; no quería recordar lo que vino después y se odiaba por actuar como lo hacía, porque incluso sabiendo que Elena no tenía la culpa de nada de lo sucedido, verla se le hacía imposible para el propósito de dejarlo atrás, sin embargo, su madre tenía razón en algo; habían pasado dos años. Tenía que superarlo, aunque parte de ella, su parte escéptica, quizá, se preguntaba si Evelyn ya lo habría hecho.

Aura se obligó a prestar atención a la clase, y durante un momento lo logró... Entonces algo nuevo comenzó a distraerla. Era pequeña, apenas perceptible; pero ahí estaba: la sombra se movía hacia ella desde debajo de uno de los muebles del aula, arrastrándose como siempre, aunque esta vez con mucha más lentitud, pesadamente. Era tan traslúcida que a Aura le costó seguirle el paso. La sombra se detuvo a unos metros de ella y se quedó estática, casi como si no quisiera acercársele demasiado. Ya no siseaba ni parecía murmurar nada, más bien parecía estar... ¿vigilándola? La chica intentó ignorarla; de cuando en cuando le echaba vistazos nerviosos de soslayo a la sombra, y cada vez que lo hacía Aura la encontraba más y más transparente hasta que acabó por desvanecerse frente a sus ojos.

Durante el resto del día ninguna otra sombra hizo acto de presencia y, si aparecieron, Aura no fue capaz de notarlo.

Al salir de la universidad la lluvia la empapó en menos de un segundo. ¿En qué momento se había nublado? La chica negó con la cabeza y corrió hasta encontrar su auto.

A pesar de que apenas recordaba el camino, se dirigió a la casa de Lucas de todas maneras. Se perdió varias veces en el trayecto, y dobló equivocadamente otras cuantas, pero al final logró reconocer el pasaje que llevaba directo a la alta casa rojiza donde vivía el muchacho; con la lluvia y el viento azotando con fuerza contra ella, Aura se bajó del auto y corrió hasta refugiarse bajo el porche de madera. Todo se veía casi desierto. Tocó la puerta, esperando que el ruido se hiciera escuchar contra el rugido del viento... Nada pasó. Esperó unos minutos antes de tocar de nuevo, sin embargo, otra vez, nada pasó.

La chica resopló y tiritando comenzó a caminar bordeando el lugar. Las cortinas estaban cerradas por dentro y a través las rendijas de las ventanas que quedaban al descubierto solo se veía oscuridad en el interior.

Aura no supo cuánto tiempo pasó hasta que, vencida, abandonó el sitio dejándolo, si era posible, aún más desierto.



*Dolor:* eso era lo único de lo que la Oscuridad era consciente. Agonía, sufrimiento. Eran sensaciones familiares para ella: la Oscuridad misma las provocaba, y se regocijaba haciéndolo, pero el dolor era algo que no soportaba; no cuando se aplicaba a sí misma.

La sombra se removió. Sus extremidades, humanas de momento, se camuflaban en las tinieblas a pesar de la palidez de su piel. El dolor y la ira lo invadían, haciendo sus ojos negros destellar en reflejo de un odio inhumano. Dentro de aquella caverna nada salvo su translúcido y débil cuerpo era visible. Fuerzas,

eso era lo que le faltaba. Él sintió cuando sus sombras llegaron, arrastrándose moribundas hasta él. Su energía se agotó entonces, habiendo gastado ya su último recurso de esta para vigilarla.

«Aún no sabe nada», susurraron en un murmullo que transmitía la esencia del miedo puro, mas a él no le inquietaba. «El brujo la abandonó», volvieron a murmurar.

La Oscuridad, a pesar del dolor y su momentánea debilidad —la cual jamás admitiría—, sonrió.

«Bien», siseó igualmente, antes de desvanecerse también para convertirse en una de sus sombras.



## CAPÍTULO VI



**D**urante tres días no hubo sueños. Durante tres días fue como si las sombras y las pesadillas jamás hubiesen existido. Durante tres días no hubo nuevas marcas en su piel ni extraños mareos.

Durante tres días no hubo señales de Lucas.

Aquel sábado Aura se levantó temprano y se encaminó a la universidad, pues tenía que presentar un recuperativo del examen que se había perdido cuando sombras la atacaron; había estado tan nerviosa ese día que se había ido del campus sin recordar la evaluación siquiera. Las sombras habían desaparecido desde entonces, y Lucas también. No se había dejado ver en la universidad y Aura ya había perdido la esperanza de encontrarlo en su casa.

Durante todo el camino repasó mentalmente los contenidos que le evaluarían ese día. El hecho de no tener los sueños como desconcentración adicional le había despejado la cabeza lo suficiente como para permitirle estudiar a conciencia. Una vez en el aula se sentó en una de las primeras filas con la hoja en mano, junto a otras dos chicas y un muchacho de los cuales no recordaba los nombres. Contestó todas las preguntas con bastante seguridad y, una vez que la hora mínima fue marcada, entregó el examen. Clayton lo recibió apenas dirigiéndole una mirada a la chica.

Entonces una idea la asaltó.

—¿Sabe si...? —titubeó—. ¿Sabe si hoy vino Lucas Straford? Es que tengo pedirle unos apuntes que le presté.

El hombre la miró entonces; pareció perderse en sus pensamientos durante un segundo antes de responder.

—No le he visto desde el miércoles —contestó—. No en mis clases, al menos.

A Aura se le cayó el alma a los pies. Un extraño sentimiento comenzaba a brotar en su pecho. Asintió por toda respuesta, sin saber qué más decir. La chica se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, cuando la voz de su profesor de Historia Civil volvió a hablar a sus espaldas.

—Si ve al señor Straford... —comenzó, pero se detuvo un momento, para luego negar con la cabeza—. Dígale que me debe un examen.

Aura asintió, saliendo del lugar.





*Fuerza:* era lo que la Oscuridad necesitaba, y ya la tenía.

Energía. Vitalidad. Odio. Ira. Rencor. Todas esas sensaciones le provocaban un cosquilleo en la piel que él recibía casi con agradecimiento.

Sus ojos destellaron en la penumbra de la caverna.

Las sombras se arremolinaban a su alrededor, negras, fuertes e incontenibles. Querían venganza tanto como él lo hacía, mas no iba a subestimarla de nuevo; tendría que ser paciente y esperar como si tuviera todo el tiempo del mundo... Esa era la ventaja de ser inmortal.

Sonrió con malicia, teniendo la certeza de que no fallaría. Y esta vez, a diferencia de la primera, ella no volvería.



Los pasos de Aura eran tan débiles que apenas resonaban en el suelo de mármol. Salió del aula de Historia casi desmoralizada. Comenzaba a preocuparse por Lucas y eso no le gustaba. Caminó por la universidad con la vista fija en el suelo; el murmullo de la gente a su alrededor disminuyendo gradualmente sin que ella se percatara de aquello a medida que avanzaba. Su cabeza parecía querer rehusarse a pensar en nada que requiriera demasiado análisis. ¿Por qué hacerlo, si las sombras habían desaparecido?, pensaba una parte de ella, la parte que deseaba que todo fuera normal otra vez. Pero aún estaba aquel presentimiento; ese que le decía que no todo había terminado.

La siguiente vez que le prestó atención a su entorno fue porque se percató del silencio sepulcral que cubría los corredores, y se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba desierto. El ambiente

estaba cargado de una extraña tensión que hizo que a Aura le dieran escalofríos; la densidad de la energía en el lugar era casi tangible. Mientras caminaba las luces que iluminaban el corredor se le antojaron frías, mortecinas, y estas pronto comenzaron a titilar con un leve zumbido. Se sentía expectante, como estar esperando a que lo inevitable al fin sucediera.

Un pinchazo ya familiar en la parte trasera del cuello la hizo pegar un salto, sin embargo, al voltearse, la sombra que esperaba encontrar no estaba. Se hallaba completamente sola en aquel blanco pasillo.

Eso debió haberla tranquilizado, aunque estaba cada vez más lejos de sentirse así.

Todo a su alrededor se volvió frío de pronto. Aura se ajustó la chaqueta, volviéndose paranoicamente en todas las direcciones, esperando que algo saliera de cualquier lugar y la atacara... Nada pasó. Y fue, de algún modo, todavía peor.

Una sensación de miedo y desesperación comenzó a abrirse paso en la boca de su estómago. Tenía que largarse de allí, lo sabía, cuando otro pinchazo, esta vez en la parte baja de la espalda, le recorrió la columna vertebral, quitándole de golpe más energía que en cualquier otra ocasión.

### *Sombras.*

Aura se obligó a dejar a un lado el miedo de no saber qué ocurría y, como si estuviese ya acostumbrada, lanzó una oleada de sombras tras ella, esperando que su oscura energía contuviera a lo que fuera que quería atacarla... Mas el ruido que acompañaba a las sombras al desintegrarse nunca llegó. La chica jadeó al voltearse. Nada, no había nada tras ella salvo el espectro de sus propias sombras desvaneciéndose.

Aura no se quedó más tiempo preguntándose nada y echó a correr por los pasillos hacia el estacionamiento. Sus pies se movían lo más rápido que podían, pero el tiempo parecía no avanzar a su alrededor. Algo la seguía, estaba segura de ello aun cuando no podía verlo. Lo *sentía*... como el frío y el miedo que precedían a cada una de sus pesadillas. Siguió corriendo, huyendo, perdiendo energía a cada paso que daba hasta que un tirón en el cuello, como si algo jalara de ella hacia atrás, le vació los pulmones, obligándola a detenerse de golpe. Como si tuviera una soga atada alrededor de la tráquea y alguien estuviese tirando de ella. Su corazón latía acelerado por la carrera y la adrenalina, golpeando casi con dolor contra su caja torácica, pidiendo a gritos el aire que la chica no era capaz de darle. Su visión se volvió negra al instante. Tosió e intentó lanzar energía de sus dedos, pero solo consiguió perderla, ya que no había sombras a su alrededor.

Sus rodillas flaquearon. Aura rebuscó a tientas dentro de la mochila el inhalador, sin embargo, para cuando lo encontró, un nuevo pinchazo le quitó la reserva de energía que le quedaba. Intentó apretar el tubito de plástico para liberar el medicamento, mas los dedos no le respondían. A pesar de la creciente desesperación, Aura intentó calmarse y se arrastró hasta chocar su espalda contra la pared de concreto. Se recargó en ella y procuró quedarse lo más quieta posible. Los latidos de su corazón comenzaron a disminuir poco a poco. Aura se preguntó si le quedarían nuevas marcas en el cuello, pero cada vez que salían, venían acompañadas de un extraño ardor. Esta vez no sentía nada.

Ya sin fuerzas, cuando creyó que así acabaría todo, la presión en su cuello se fue tan rápido como apareció.

Apenas la soltó ella comenzó a toser; el aire ingresando torpemente a sus pulmones... Y las sombras seguían sin hacerse presentes.

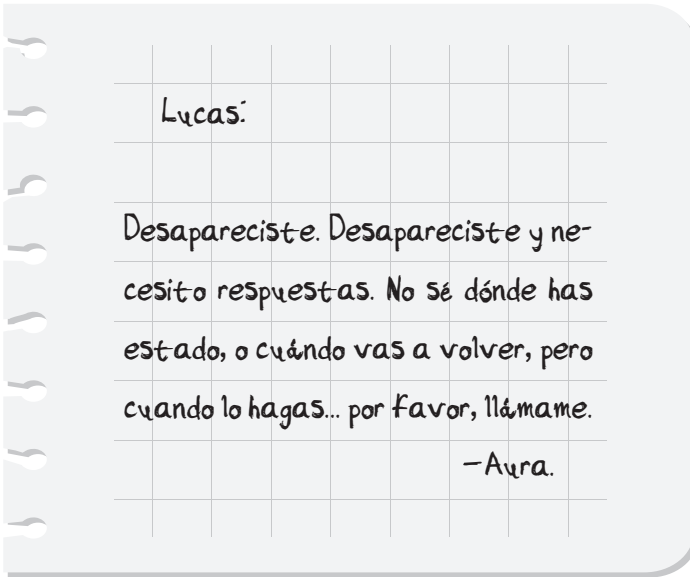
En cuanto la chica recuperó algo del control de sí misma revisó las marcas que le cubrían los brazos, pero su piel había dejado de arder hacía ya tres días, y casi había recuperado su color natural. No supo con exactitud cuánto tiempo pasó. Minutos, segundos, se sentían igual de eternos dentro del caos que era su cabeza en ese momento. Cuando pudo levantarse fue como si su cuerpo hubiese recibido una golpiza. Estaba adolorida, y el esfuerzo que requirió llevar la acción a cabo la hizo palidecer. Caminó despacio hasta llegar a su auto, notando que el estómago se le revolvía por el trabajo que desempeñaba su cuerpo. Estando allí lo único que quería era desfallecer, a pesar de ser consciente de que no podía permitírselo, no de nuevo.

Decidida, no tardó en empezar a conducir y ponerse en marcha por el ya conocido camino a la familiar y desolada casa de madera rojiza.

La carretera estaba, para su suerte, casi vacía, lo que le permitió prácticamente no tener que frenar durante todo el trayecto. A pesar de la calma que se había adueñado de todo en ese momento, Aura aún sentía que estaba huyendo; de las sombras, de la oscuridad, o quizá solo de sus recuerdos... Huyendo; al fin y al cabo. ¿A qué demonios se estaba enfrentando? ¿O era que la cordura ya la había abandonado?

Todo seguía tan desierto como en los días anteriores, aunque la chica ya se había cansado de esperar otra cosa. Aun así, una parte de ella se decepcionó, y la otra se enojó consigo misma por decepcionarse.

Débilmente arrancó la hoja de uno de los cuadernos que traía en la mochila, y con un lápiz garabateó una letra un tanto temblorosa:



Escribió su número en el reverso de la hoja y deslizó el papel doblado por debajo de la rendija de la puerta.



Durante el resto de la tarde, Aura consiguió mantener los ojos abiertos.

Apenas llegó a su casa, su celular comenzó a sonar dentro de su mochila. La mente de la chica se dirigió durante un doloroso segundo a los ojos violetas que le habían salvado la vida dos veces, mas cuando sacó el teléfono fue el nombre de su madre el que apareció en la pantalla.

—Hola —contestó casi suspirando.

—*¿Todo bien?* —preguntó Evelyn—. *Suenas cansada.*

Aura cerró la puerta suavemente tras ella.

—Estaba dormida —mintió.

—*Oh... Bueno, en ese caso, te dejo dormir. Solo quería saber cómo estabas.*

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Estoy bien, en serio. ¿Cómo va todo por allá?

—*Todo bien, hija. En cualquier caso, volveré el miércoles de la semana que viene.*

—Perfecto. Cuídate, mamá.

—*También tú. Nos vemos.*

Aura colgó mientras subía las escaleras con pesadez. Los párpados se le cerraban involuntariamente y la visión se le volvía borrosa cada vez que subía un peldaño. Al llegar arriba se obligó a no tirarse sobre la cama de un salto, puesto que sabía que si cerraba los ojos, la oscuridad se la llevaría de inmediato, y no quería eso a pesar de que era consciente de que debía recuperar energía, pero ya venía siendo hora de comenzar a fortalecerse. No estaba segura de si esa era la mejor manera, mas por el momento era la única que tenía.

Pasó la tarde intentando concentrarse en otra cosa que no fuese el cansancio. Libros, películas, lo que sea, sin embargo, su mente no lograba centrarse en nada que no fueran las sombras. O la falta de ellas, porque en ese momento su enemigo era invisible. Las horas pasaron lentamente hasta que el sol comenzó a esconderse y a oscurecer todo. Cuando las primeras estrellas se hicieron presentes, Aura se echó en la cama y se permitió dejarse ir.



Esa noche algo cambió.

La oscuridad de la inconsciencia se vio reemplazada por otra, una nueva oscuridad que parecía cargar consigo toda la maldad de la tierra, rodeándolo todo con tal densidad que Aura no podía ver nada salvo la negrura en la que se encontraba.

Lo peor fue que la sensación de estar soñando no estaba con ella: para la chica lo que oscureciese allí, en su mente, sería real. Y en el fondo lo era.

Aura estaba ciega en ese momento. La desesperación comenzó a abrirse paso desde la boca de su estómago y su respiración se aceleró. Intentó no perder la calma y analizó la situación. No sabía dónde estaba, pero sabía que el suelo bajo ella era sólido... O al menos así se sentía. Lo peor era no saber si podía confiar en lo que su cerebro le decía. Se agachó hasta posar sus manos en el piso; las pequeñas piedras se juntaron en torno a sus dedos.

«Grava», pensó. Y parte de ella casi se calmó al saberlo.

Casi.

Aura se incorporó de golpe cuando un extraño ruido resonó tras ella. O *delante* de ella. Parecía venir de todas partes y eso no podía gustarle.

La chica dio torpes pasos hacia un lado sin tener certeza de por qué esa dirección en particular, con los brazos extendidos para no chocar con nada, pero su plan falló al tropezar con algo en el suelo. Una piedra, quizás. Aura se tambaleó, sin embargo, no alcanzó a caer, ya que su mano derecha impactó contra una superficie irregular y filosa, produciéndole un corte en la palma. Maldijo sin

llegar a pronunciar palabra; no sabía qué tan profundo había sido el corte, aunque lo dedujo, pues la sangre comenzó a brotar de la herida hasta correr por sus dedos. Aura le restó importancia al dolor que se esparcía por sus terminaciones nerviosas y, con más cuidado esta vez, tanteó suavemente la pared a su lado. Parecía rocosa, además de sentirse como si tuviese pedazos de vidrio incrustados en ella de tal manera que cualquiera que la tocara pudiera cortarse.

Caminó hacia adelante, probando el suelo antes de apoyar todo su peso en este, ya que no estaba segura de qué tan firme sería.

Mientras tanto la Oscuridad la observaba en silencio, expectante, como si de un espectáculo se tratara. La veía cansarse, sangrar y desperdiciar su energía, ya de por sí escasa, intentando encontrar la salida de la caverna, asustada, con su miedo alimentando el poder de la cueva, intensificado por la magia de esta.

Aura nunca supo con exactitud cuántos pasos había dado. Continuaba con la mano apoyada contra la pared filosa, sin importarle el dolor que eso conllevaba por miedo a que, si despe-gaba la mano, acabaría por perderse. Un paso. Dos pasos. Tres. Cuatro pasos hasta que algo cambió. Un extraño ruido se hizo presente en la dirección que, creía, sería frente a ella. Parecía como el ruido de la lluvia, pensó la chica, para luego descartar la idea. Sonaba más bien como... ¿agua? Avanzó otra vez.

Sí, ahora lo escuchaba débilmente: era el sonido de una corriente de agua.

Grava, corriente subterránea, paredes filosas por los... ¿cristales? Una pequeña noción del lugar en el que podría estar comenzó a cobrar sentido en su mente, al tiempo que una idea surgía en el fondo de su cabeza. En alguna parte había oído —o leído, no lo recordaba bien— que, si iba en dirección contraria a un río, en



algún punto debería encontrar... ¿Qué? ¿Un pueblo, una ciudad? Dudaba que hubiera algo así ahí dentro, pero quizá de esa forma lograra encontrar la salida.

Una pequeña oleada de esperanza la recorrió, mas Aura no se permitió disfrutar demasiado del momento, ya que sabía que si lo hacía, algo saldría mal. La muchacha siguió avanzando hasta que se detuvo de golpe. «Demasiado tarde», susurró su cabeza. Un nuevo ruido se escuchaba por sobre la corriente, resonando con un suave eco por el piso y las paredes de la caverna. ¿Pasos? La idea asustó a Aura, aunque no tanto como la que vino después. No, no eran pasos, sino más bien como el sonido de un corazón latiendo.

El terror continuó subiendo por su columna cuando un suave siseo empezó a escucharse por la cueva salido de todas partes al mismo tiempo, como si fuese la sombra que sumía todo en las tinieblas susurrándole al oído constantemente, erizándole la piel. El primero se escuchó tras ella, lo bastante lejos como para no entenderlo con claridad y que la chica creyese que podría escapar de él. ¡Qué ingenua había sido!

Corrió en un vano intento de llegar a la corriente, pero esta parecía tan lejana como el infinito a pesar de que el ruido del agua se intensificaba con cada paso que daba. El siguiente susurro se escuchó tan cerca que la alarmó, alcanzándola, sin embargo, ella estaba demasiado concentrada en el camino que no podía ver como para entender lo que la oscuridad decía. Y tampoco estaba segura de querer oírlo.

Él continuaba observándola, inmóvil, manejando las sombras a su antojo, creando ilusiones y utilizando el poder de la cueva a su conveniencia, creando espectros, espejismos, al fin y al cabo, tan mortíferos como el filo de un cuchillo en la garganta.

Aura, corriendo a ciegas aún, no se dio cuenta del desnivel en el piso hasta que fue demasiado tarde. Cayó al suelo, rodando un tramo hasta que su hombro chocó contra una roca. El dolor la paralizó por un momento, impidiéndole casi respirar.

«Aura». El escalofriante sonido resonó como un silbido por toda la cueva, envolviéndola en él, hundiéndola en el terror como si este fuera algo tan tangible como su propio cuerpo. Trató de incorporarse, cargando el peso sobre sus rodillas primero antes de ponerse de pie. El dolor lacerante en el hombro la obligó a quedarse en esa posición durante un instante.

Fue cuando sintió la presencia a sus espaldas.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, comenzando en la parte baja de su espalda hasta subir por la parte trasera de su cuello. La sensación no fue como si una sombra le subiera por el cuerpo. No, esta vez fue como si una mano fría e incorpórea le recorriera la espina dorsal, paralizándola, cortándole la respiración producto del miedo.

«Aura», siseó la Oscuridad, con el frío aliento impactándole contra el cuello, justo bajo su oído.

La chica se estremeció reprimiéndose enseguida, demasiado aterrorizada como para ser capaz de moverse. Intentó desesperadamente llamar a sus sombras para que ahuyentaran a la... *cosa* que estaba tras ella... El problema era que seguía débil y el esfuerzo solo la hizo palidecer en la oscuridad.

«Eso no te salvará esta vez», susurró la sombra pegada a su piel, deslizando una mano incorpórea por su cabello hasta bajar por su brazo, haciendo que las marcas que en él había volvieran a arder de golpe. La chica contuvo un gemido.

«Todo lo que toca la oscuridad es mi dominio. Yo controlo el Reino de las Sombras. No tienes escapatoria... Pero esta vez no será tan fácil. Pudiste quedarte muerta la primera vez; no lo hiciste. Ahora no será así de sencillo. Sufrirás, lenta y dolorosamente. Voy a romperte hasta que no te queden fuerzas con qué defenderte. Entonces, cuando desees la muerte, te será concedida».

La muchacha cerró los ojos a medida que la sombra hablaba. Su voz sonaba como un susurro ronco y adquiriría un tono corpóreo que la chica ya había escuchado mil veces antes y que jamás había sido capaz de distinguir hasta entonces.

La mano de la sombra, ahora completamente formada, se cerró en torno a su brazo, justo por encima del codo, clavándole las uñas con fuerza en la piel. Aura reaccionó al instante. Se levantó de un salto y tiró con fuerza, pero no logró zafarse del agarre de la Oscuridad. Esta tiro también de ella, lanzando a la chica al suelo una vez más, sin soltarla en ningún momento.

Aura pudo sentir como la piel sobre su codo se desgarraba y comenzaba a sangrar justo antes de que su cabeza impactara contra el suelo. El dolor la obligó a cerrar los ojos al instante. Llegó al punto en que no sabía qué era peor, si la cabeza, el hombro o el brazo. La Oscuridad pareció reírse tras ella y el ruido resonó con un eco siniestro que rebotaba en todas las paredes.

Cuando la chica se sintió lo bastante fuerte como para levantarse, fue cuando comenzó a hundirse. Abrió los ojos como platos al tocar el suelo. Lodo. Barro. El corazón le dio un salto en el pecho. *Arenas movedizas.*

La Oscuridad volvió a reír.

«Esta vez no podrás escapar», repitió aún riendo con cinismo.

El caos inundó su cabeza. Desesperada miró en todas direcciones, intentando ver algo más que el negro que lo invadía todo, buscando algo a lo que aferrarse a pesar de que el lugar parecía solo volverse aún más oscuro a medida que se hundía en el barro. No pasó mucho tiempo hasta que la tierra le llegó al cuello. Sabía que si luchaba, solo se hundiría más rápido, no obstante, ¿qué otra opción tenía? ¿Hundirse lentamente en su lugar?

«Esto no es más que el principio», siseó la sombra antes de que el fango le cubriera la cara.

Inhaló profundo, sabiendo que ese respiro sería quizás el último, pero en cuanto el olor putrefacto le llegó, se arrepintió de haberlo hecho.

Entonces se hundió hasta que dejó de respirar.



Aura se despertó tosiendo y con las náuseas acompañándola, como si aún pudiese oler el asqueroso aroma del barro de la caverna, cubierta en una capa de sudor helado que le enfriaba hasta la médula. Eso, además de la sangre que le corría de la herida abierta y casi negra del brazo, fue suficiente para provocarle arcadas. La chica se levantó de un salto, palideciendo al instante al hacerlo, y corrió al baño. La bilis quemó al subir por su garganta y eso fue lo único que pudo devolver, ya que no había ingerido alimento desde la noche anterior.

Los espasmos continuaron durante un rato hasta que por fin cesaron. Se sentía adolorida. Las piernas le temblaron al levantarse, incapaces de sostener su peso por demasiado tiempo. La cabeza le dio vueltas y su visión se ensombreció producto del reciente

golpe. Volvió a sentarse, incapaz de ponerse de pie. El abdomen le dolía casi tanto como la herida sangrante del brazo y el golpe en el hombro. La sangre que salía por sobre su codo le chorreaba ya hasta la muñeca.

Haciendo una mueca por el esfuerzo, Aura consiguió levantarse y apoyarse en el lavabo. Sin detenerse a pensarlo demasiado, abrió la llave de agua caliente, tanto que salió vapor de ella y metió el brazo debajo, resistiendo el impulso de retirarlo al instante. El agua se tornó rojiza al igual que la piel de la chica, mas parecía estar dando resultado. Miró con los ojos entrecerrados su reflejo en el espejo: lucía mortalmente pálida, la sangre le empapaba la parte trasera de la camiseta, cerca del cuello donde se había golpeado, y su hombro tenía un color a medio camino entre el morado y el verde.

Continuó con la mano bajo el agua hasta que consideró que la herida estaba limpia. La vendó lo mejor que pudo y, ya temblando por el esfuerzo, volvió a la cama. Moría por darse una ducha y sacarse la sensación de suciedad... Pero fue realista, pues sabía que no tenía las fuerzas necesarias.

¿Qué estaba pasando ahora? Aura no estaba segura de nada en ese momento; no sabía por qué las sombras se habían ido, ni por qué habían vuelto. Estaban tras ella, eso era obvio; era el *porqué* lo que no sabía, así como tampoco sabía por qué, al mismo tiempo que las sombras y las marcas en su piel, había desaparecido el único que parecía tener las respuestas a todas esas preguntas. Y tampoco sabía si, como las sombras, él volvería para explicarle de una vez qué estaba sucediendo en su vida.

Pero ni su imaginación podía cubrir esos lapsos. No estaba segura de nada, excepto de lo que era ya obvio para entonces: los sueños habían vuelto y no sabía si esta vez volverían a irse.



## CAPÍTULO VII



**E**n todo el resto de la noche, Aura no logró volver a dormirse. No por falta de sueño, ya que se sentía tan débil, adolorida y cansada que los ojos se le cerraban por sí solos, sino porque cada vez que su mente amenazaba con dejarse llevar, las imágenes de la caverna volvían a aparecer, despertándola de golpe.

Durante horas la chica estuvo tirada en la cama, inerte, sin poder mover ni un músculo por el dolor que eso conllevaba. No sabía cuántas veces más había tenido que correr al baño a devolver el estómago, y cada que lo hacía las piernas se le ponían aún más temblorosas que la vez anterior. Cuando el reloj dio las nueve Aura desistió por completo de la idea de dormirse de nuevo por un simple motivo; estaba aterrada. Tenía demasiado

miedo de lo que vería al cerrar los ojos que prefirió luchar contra la inconsciencia que quería apoderarse de ella. Si hubiesen sido solo imágenes, pesadillas como las que cualquier otra persona tenía, habría estado bien, pero no lo eran, porque todo lo que sucedía en ellas se transformaba en una cicatriz en la vida real, y el dolor era demasiado difícil de sobrellevar, al menos en ese momento.

La muchacha respiró profundo y se levantó lentamente, poco a poco, porque no podía ser de otra manera; su cuerpo no se lo permitiría.

Caminó con pesadez al baño y prendió la regadera. Se metió en la ducha sin esperar que el agua se calentara, esperando así que la hinchazón que tenía tanto en el hombro como en la parte baja de la cabeza disminuyeran.

El dolor se mitigó un poco, permitiéndole pensar en lo que hacía con mayor claridad. Despacio lavó la parte trasera de su cuello, intentando que doliera lo menos posible, lo cual ya era difícil. Apenas tocó la herida el dolor aumentó de manera considerable, sin embargo, Aura no permitió que eso la detuviera. Masajeó su cuello hasta que la sangre seca le salió del cabello, intentando no mojar el vendaje improvisado que tenía en el brazo.

Al salir le dedicó otros minutos al golpe del hombro. El cardenal se extendía ahora hasta su clavícula. Buscó a tientas un unguento entre las cremas médicas que su madre guardaba en el botiquín hasta que encontró una y esperó que sirviera. La aplicó sin hacer demasiada presión hasta que su piel la absorbió por completo. Se vistió con un simple buzo de algodón, algo que no rozara de sobra las heridas. Después... Después no supo qué hacer. Debía mantenerse despierta, lo sabía incluso cuando estaba



demasiado cansada como para concentrarse en cualquier cosa que no fuera el sueño.

Entonces, sin pretenderlo, Aura cerró los ojos.



Antes de que los abriera nuevamente, el viento la golpeó de lleno en la cara. Olía a... frío, de algún modo, como el último viento de otoño que le daba paso al invierno. Frío, eso era lo que sentía la chica en ese momento. Extendió los brazos tratando de sentir algo a su alrededor, mas no había nada salvo la brisa que azotaba contra su cuerpo.

Al abrir por fin los ojos fue como si jamás lo hubiera hecho. Se sentía en un trance, como si estuviera de algún modo fuera de su propio cuerpo. Como si alguien más hubiese tomado el control de su mente. Ella caminaba por inercia, con pasos lentos y calculados, fuera de sí. Aura no estaba segura de a dónde se dirigía ni por qué lo hacía, no obstante, por más que quisiera detenerse o mirar a su alrededor para intentar orientarse, no podía. Su visión permanecía nublada y la chica solo lograba ver los borrosos colores de su entorno. Veía el gris del cielo cubierto de nubes, veía el marrón de la tierra justo bajo sus pies y, más allá... no había nada salvo oscuridad. ¿Por qué no veía nada más?

Trató en vano de despertar de un trance que era más fuerte que ella. Siguió caminando.

Ya en el último momento, cuando el suelo pareció crujir bajo sus pies, su visión se aclaró durante una fracción de segundo.

Y vio con horror el barranco frente a ella.

Quiso gritar, obligarse a sí misma a despertar, negándose a aceptar que fuese demasiado tarde. Quería interrumpir su avance de una vez, pero su cuerpo siguió caminando hacia el acantilado, inerte, sin detenerse y sin hacerle caso, porque ella ya no lo controlaba en ese momento.

Comenzó a desesperarse, la angustia subiendo por su estómago y su cuerpo permanecía inmutable. Un paso. Suelo. Dos pasos. Suelo. Tres pasos... Nada. Cayó al vacío como si de un peso muerto se tratara. Entonces la visión se le aclaró por completo y despertó del trance, justo cuando ya no había nada que hacer.

Se agitó, gritó y buscó desesperada algo a lo que aferrarse, completamente en vano. Antes de que el impacto llegara Aura vio un anillo de plata en su mano, uno que creía haber enterrado junto con el resto de sus recuerdos de hacía dos años. La confusión se apoderó de su cabeza; eso podía significar tantas cosas como ninguna en particular. El impacto llegó, mas ella no alcanzó a sentirlo.



Despertó de golpe, con un grito atascado en la garganta y las lágrimas acumuladas en sus ojos. Se levantó de un salto, la adrenalina impidiéndole sentir el dolor, y corrió a la escalera oculta que llevaba al ático de su casa.

Para cuando le tocó subir la pequeña escalera el dolor ya había regresado, ralentizando los movimientos de la chica, pero no dejó que eso importara. Despacio subió el último tramo de escalera que quedaba hasta que llegó al final. Las partículas de polvo flotaban en el ambiente.

Las paredes, el piso y el techo eran de madera oscura, alumbrada tan solo por la blanca luz de otoño que se colaba por la pequeña y circular ventana que había en la pared del frente. Aura cerró la trampilla tras ella y miró a su alrededor. Hacía años que nadie entraba a ese lugar; de todas formas, seguía exactamente igual a cómo lo recordaba. Caminó por la sala y se detuvo en el centro de la estancia, donde el piso crujió bajo su peso. Apartando la alfombra cubierta de polvo se arrodilló en el suelo ignorando el dolor que cada movimiento le traía.

Tanteó la madera hasta que una de las tablas se levantó al pasar los dedos.

La respiración la abandonó en ese momento y se encontró paralizada, mirando la tabla suelta como intentando reunir el valor para abrirla.

«No seas cobarde —pensó inevitablemente la chica—. Ábrela». Aura suspiró y levantó la tabla.

Dentro del pequeño escondite había un centenar de cosas que había deseado jamás volver a ver. Fotos, cartas, pequeños recuerdos que Aura ya no quería y que, aun así, no había tenido el valor de desechar. Rebuscó entre los papeles sin prestarles demasiada atención hasta que sus dedos se cerraron en torno a la cajita de terciopelo azul que se ocultaba en el fondo de todos sus recuerdos.

Esa fue la que sacó. Al abrirla el anillo estaba allí, tal como lo había dejado hacía dos años cuando decidió que no quería volver a usarlo. Pasó los dedos por sobre la redondela de plata, sintiendo su delicado tallado: parecían enredaderas, con pequeñas hojas que sobresalían de ella. Una inscripción se leía por dentro. Una fecha, la fecha de su cumpleaños número dieciséis, el último

cumpleaños que su padre había pasado con ella antes de abandonarla como si jamás le hubiese importado.

Aura cerró la pequeña caja de golpe. No quería recordar más detalles, sin embargo, era inevitable estando rodeada de las fotografías de su infancia. Ese día seguía reviviéndose en su memoria involuntariamente.

El dolor se convirtió en rabia; él las había engañado, había mentido y luego se había ido sin siquiera despedirse. No merecía sus lágrimas. Aura se apresuró a volver a dejar todo de la manera en la que estaba. Se había asegurado de que el anillo siguiera allí, eso era lo importante, aunque no sabía bien por qué le importaba tanto.

Bajó las escaleras lo más rápido que su maltrecho cuerpo le permitió; el hombro le había vuelto a doler.

«Pastillas —pensó—. Toma algo para el dolor».

El corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas, tanto que casi sentía que se le saldría del pecho. En el fondo de su cabeza, vagamente, recordó que no debería tomar pastillas sin haber comido antes, sin embargo, la sola idea de ingerir alimento consiguió revolverle el estómago.

Entonces comenzó a toser. Su respiración se volvió pesada y dificultosa. Apenas podía ingresar el aire a sus pulmones, mas su cabeza no lograba recordar dónde había puesto el inhalador. Recordaba tener otro en... en... ¿el baño?

Rebuscó en el botiquín y, en efecto, encontró un inhalador de repuesto allí. El alivio le recorrió el cuerpo apenas el medicamento entró en su sistema, pero la tos continuó hasta que las náuseas volvieron.



El resto del día transcurrió tranquilo; ella se esforzó por cumplir con los deberes de la universidad lo mejor que pudo hasta que, ya rendida, cayó dormida al ponerse el sol.

El sueño la transportó a la caverna, donde la Oscuridad la cegó tal como lo había hecho la primera vez. Ahora, en cambio, sabía que estaba soñando, que todo lo que pasara ocurriría dentro de su cabeza, pero eso no les impediría a las marcas aparecer en su piel.

Ruido; eso fue lo primero de lo que se dio cuenta. No lograba ver nada en la espesura de la negra niebla que se cernía a su alrededor, por lo que tuvo que valerse de sus otros sentidos. Aura se agachó hasta quedar de rodillas y, gateando, tanteando el suelo para evitar caer de nuevo en el lodo, buscó la pared filosa con la que se había guiado la primera vez que estuvo allí sin ser capaz de encontrarla.

Avanzó hacia adelante sin saber qué le esperaba, sintiendo la grava y las pequeñas piedras del suelo rocoso clavarse en sus rodillas y en las palmas de sus manos. El dolor de las heridas de la noche anterior parecía intensificarse estando ahí dentro, junto con todas sus emociones. Una capa de sudor frío cubrió su cuerpo debido al esfuerzo. Estaba perdiendo energía con tanta rapidez que Aura casi podía sentirla drenarse de su sistema.

El cansancio la recorrió expandiéndose como un escalofrío por su cuerpo. Las sombras no tardaron en llegar, pero ella ya las estaba esperando. Se desprendieron de las paredes que Aura no veía, envolviéndose suavemente en sus brazos, y subieron arrastrándose por su piel, dejando una estela de ardor tras ellas. «Ríndete», parecían sisear. «No puedes ganarle. Lo sabes; no intentes engañarte», susurraron. Y parte de la chica logró creerlo: estaba

harta de sueños, pesadillas, recuerdos, dolor... Estaba harta de tener que enfrentarse a esas cosas sin siquiera saber qué eran en realidad. *Rendirse*.

—Podría...

—¿Aura? —preguntó una voz en la oscuridad; una voz dolorosamente familiar.

La chica se quedó de piedra al escucharla, sin ser capaz de mover ni un músculo. Un nudo se formó en su garganta, impidiéndole tragar, y las lágrimas se acumularon en sus ojos aunque Aura no les permitió caer. No era real, lo sabía, y, a pesar de todo, gran parte de ella solo quería creerlo.

—¿Papá? —dijo con la voz en un susurro estrangulado.

—¿Dónde estás, hija? —preguntó la voz cálida y reconocible de su padre. ¿Sería posible...?—. No puedo verte.

—¿De verdad eres tú?

Sonaba tan débil que no creyó que él lograra escucharla. La muchacha abrió más los ojos en un vano intento de perforar la oscuridad con ellos, logrando ver solo la espesura de las tinieblas.

—¡Claro que sí, hija! Te he estado esperando por tanto tiempo... —Su voz se perdió en el silencio durante unos segundos y sus últimas palabras resonaron como un eco por toda la cueva—. Necesito tu ayuda, Aura.

—¿No me...? ¿No nos abandonaste? —preguntó al borde del llanto, intentando recuperar sus fuerzas para poder ir en su ayuda.

—Por supuesto que no... He estado esperándote, hija; sabía que en algún momento vendrías —dijo él, con esa voz tierna que utilizaba cuando aún estaba con ella—. He estado aquí por tanto, *tanto* tiempo... *Ayúdame* —pidió, y su voz volvió a resonar con un

eco por todo el lugar, como si la caverna misma estuviese pidiendo ayuda a gritos.

—No puedo... verte... No sé cómo llegar —contestó la chica, desesperada.

Si hubiese podido ver algo en aquella penumbra... No podía. La Oscuridad, en cambio, era perfectamente capaz. Él sonrió.

—*Sigue a las sombras* —siseó, pero Aura no pareció darse cuenta del cambio en la voz del que, suponía, era su padre. Las sombras se arremolinaron a su alrededor, tirando de ella con suavidad, incitándola a levantarse y a seguir caminando a tientas por la caverna, sin más guía que las ilusiones. Y Aura, ingenua y cegada por la magia que hacía efecto en ella, las siguió—. *Ya estás cerca...*

Cuando Aura salió de su trance ya caminaba a orillas del río.

Lo primero de lo que se dio cuenta fue del ardor que le producía el líquido que tocaba su anatomía. Parecía estar sumergiéndose en ácido puro. La corriente se agitaba en torno a su cuerpo. A pesar de que Aura no podía verla, podía escuchar a la perfección el ruido del agua circulando a su alrededor con furia. Entonces no supo si era ella quien se estaba adentrando en el río cada vez más o si eran las aguas las que estaban subiendo.

El terror comenzó a ganar terreno en sus emociones.

—¿Papá? —preguntó con el miedo filtrándose en su voz.

«Estoy aquí, cielo», siseó la Oscuridad.

Y Aura la reconoció perfectamente en ese momento.

—Stephan —susurró.

El chico lanzó una carcajada siniestra frente a ella. Aura intentó salir del río que parecía arrastrarla, quemándole como fuego líquido cada parte de la piel que tocaba. El agua ya llegaba hasta su cintura.

«Estoy aquí, cielo», repitió con cinismo, y Aura pudo jurar que durante un momento vio destellar sus ojos negros.

—¿Por qué...?

«No me corresponde a mí explicártelo», rugió Stephan, para después sonreír con cierta satisfacción. «Le correspondía a él, pero eligió dejarte. Igual que tu padre».

—¿¡Qué tiene que ver Lucas en todo esto!?! —gritó ella también. La Oscuridad volvió a sonreír.

«Falló. Su único deber era protegerte y ver que no se repita la historia, pero no fue capaz. Esto no ha terminado. Esto —dijo, y durante un segundo Aura logró ver las negras aguas del río subirle como veneno hasta la garganta, arrastrándola con la corriente— es solo el principio». Mientras se ahogaba, las imágenes de las fotografías de su feliz infancia, esas en las que su familia estaba completa, esas que aquel día se había rehusado a ver, aparecieron frente a ella. Las lágrimas quisieron salir, confundándose con las gotas negras de agua que salpicaban poco a poco su rostro. «Duele, ¿no es cierto?», preguntó Stephan a su lado.

El sonido de la alarma le llegó a los oídos, despertándola finalmente.

Abrió los ojos creyendo que se ahogaba. La piel le ardía por el ácido y las lágrimas brotaban silenciosas de sus ojos por lo que creyó haber visto. El reloj siguió sonando. Siete de la mañana. La comprensión le llegó de golpe: el domingo ya se había desvanecido; era lunes y tendría clases dentro de apenas una hora.

«Esto es solo el principio», susurró la voz de Stephan en su cabeza.

Aura no entendía si el chico aparecía en sus sueños como una creación de su cabeza o si se trataba de algo más; no podía estar segura. ¿Cómo estarlo?



«No puedo», pensó. No podía ir a la universidad y enfrentarlo. No después de... creer durante un momento que su padre no había elegido dejarla... Sin embargo, Aura se levantó de todas formas. Tenía que intentarlo, mas palideció al instante. El mareo y el dolor de cabeza le nublaron la visión. No tenía fuerzas, no había ingerido alimento ni dormido con propiedad desde hacía dos días ya. Su cuerpo ardía y las heridas y golpes dolían como el infierno. No tenía fuerzas ni energía.

No tenía nada.

«No puedo», volvió a pensar, aunque intentó caminar con las piernas tambaleantes al baño de todos modos. Se miró en el espejo. Lucía mortalmente pálida, temblorosa. Sus brazos tenían incontables moretones y marcas violáceas cerrándose en torno a ellos, sin contar el vendaje que le cubría la parte de arriba del codo. La piel de sus piernas estaba enrojecida, tenía enormes ojeras en el rostro e incluso se notaba más delgada.

«No puedo», quiso pensar, pero no podía dejarse vencer tan fácil. «Tengo que poder», pensó en su lugar.